BIBLIOTECA NACIONALSOCIALISTA IBEROAMERICANA.



VOLUMEN V.

Los Waffen SS Franceses, últimos defensores del bunker de Hitler.

Por

Jean Mabire

"El Sol se apagará y aún estaremos aquí".
Jusego - 2003.

El acta de nacimiento oficial de una unidad francesa de la Waffen SS(1) data del 22 de julio de 1943. El propio Pierre Laval, jefe del gobierno, con su encrespado mechón y su eterna colilla pegada al bigote, firmó esa ley, tras haber oído, por guardar las formas, la opinión del consejo de ministros.

Comprende tres artículos, de una sequedad muy administrativa:

ARTICULO PRIMERO.—Los franceses pueden contraer un compromiso voluntario para luchar contra el bolchevismo fuera del territorio, encuadrados en las formaciones constituidas por el gobierno alemán (Waffen SS), y agrupadas en una unidad francesa.

ARTICULO SEGUNDO.— Los que perteneciendo a dicha unidad combatan efectivamente fuera del territorio, se beneficiarán de las ventajas previstas por las leyes y de los sueldos correspondientes a la Legión de los Voluntarios Franceses(2) contra el bolchevismo.

ARTICULO TERCERO.— El presente decreto será publicado en el Diario Oficial y ejecutado como ley del Estado.

Unos días después, esta vez ya en París, y no en Vichy, se sacaba la «moraleja» de esta decisión, en el curso de una conferencia de Prensa:

«El gobierno ha demostrado así que apreciaba la oferta hecha por el Führer y que está dispuesto a asumir su parte en los deberes que exigen estas horas decisivas para la suerte de Europa.»

Desde luego, los dirigentes oficiales del Estado no caucionaban de muy buen grado este enrolamiento de los jóvenes franceses en la fuerza de choque militar del movimiento nacional-socialista, la Waffen SS. No podemos dejar de pensar, a este respecto, en una frase del poeta Jean Cocteau:

«Puesto que los acontecimientos nos superan, finjamos que somos sus organizadores...»

Cerca de cuarenta mil franceses voluntarios en los ejércitos de Hitler

En efecto, desde el comienzo de la guerra en el Este un número bastante elevado de jóvenes franceses se alistaron en los ejércitos del III Reich.

El temperamento individualista de los franceses y la minuciosidad organizadora de los alemanes los habían agrupado en unidades homogéneas o, por el contrario, dispersado en múltiples formaciones. Treinta años después, resulta muy difícil dar una cifra exacta de conjunto, que parece ser del orden de treinta mil a cuarenta mil hombres sólo en las fuerzas combatientes fuera del territorio francés, en el frente de la guerra regular.

Los primeros fueron, a partir del verano de 1941, los de la Wehrmacht, donde formaba el regimiento 638°, más conocido con el nombre de LVF, y que vio pasar a más de seis mil hombres. El gobierno de Vichy intentó luego una operación de recuperación de esta unidad, que llevó durante un tiempo el nombre de Legión tricolor (y de la que ciertos mandos se unieron a la Falange africana que luchaba, con el Afrika-Korps, en el frente tunecino).

Hubo franceses, algunos de ellos desertores de la LVF, que se enrolaron a título individual en diferentes divisiones de la Wehrmacht que iban hacia el frente y aceptaban tomarlos a su cargo, a menudo a título temporal, sobre todo en la Gross-Deutschland.

Se estima en cerca de cinco mil el número de los franceses que sirvieron en los Schutz-Kommandos(3) de la Organización Todt, donde se encuadraban trabajadores reclutados de grado o por fuerza en toda Europa para construir el «muro del Atlántico». Otros habían preferido, en esa misma Organización Todt, la brigada Speer, que tenía tareas más militares que arquitectónicas.

La Kriegsmarine tentó a dos o tres mil franceses. Recibieron entrenamiento militar y adoctrinamiento político en... Alsacia y luego fueron repartidos en pequeños grupos, superando raramente la media docena de voluntarios, a bordo de torpederos, dragaminas e incluso, en el caso de algunos raros especialistas, de submarinos.

En cuanto a la Brandenburg, tropa operacional de los servicios de la Abwhr (cuyas tareas pueden emparejarse con las del batallón de choque del ejército francés), aumentó sus efectivos desde un batallón, a comienzos de la guerra, hasta una división. En ella se encontraban

muchos elementos extranjeros entre los que, por supuesto, había franceses.

A medida que nuevas unidades del III Reich reclutaban voluntarios extranjeros, hubo franceses en todas partes: conductores, telefonistas, artilleros de baterías de costa o de baterías antiaéreas (entre estos últimos, se contó incluso cierto número de muchachas francesas puesto que, ya al final de la guerra, había mujeres sirviendo en la Flak(4) para tratar de contener los raids, cada vez más numerosos, contra las ciudades europeas).

Se encontraron enfermeras francesas en los hospitales militares alemanes y, justo al extremo de la Europa en guerra, se podían hallar algunos marineros franceses que habían abandonado sus chalanas para servir en remolcadores que navegaban por el Danubio...

En el mes de Julio de 1942, un año después de la creación de la LVF, un contingente de unos dos mil franceses se enroló en la Luftwaffe, donde fueron agrupados en el seno de una formación de la NSC(5). Algunos de ellos iban a desempeñar un papel determinante en la creación de una unidad francesa de la Waffen SS.

En efecto, la NSKK constituía, como la SS, una formación política alemana que con la guerra se convirtió en una unidad militar internacional.

Creada en 1931 por Adolf Hitler, esta tropa tenía asignado el papel, en los años que precedieron a la toma del poder por los nazis, de transportar a los militantes del partido y en especial a los hombres de las secciones de asalto. La NSKK —a la vez tren de equipos y unidad de choque cuando hacía falta— era, con la SA(6) y la SS, una de las formaciones para militares esenciales del movimiento nazi. La guerra iba a convertir en soldados a estos pretorianos. Pero seguían siendo soldados políticos, más ligados al partido que al ejército.

Hubo muchos jóvenes franceses que en lugar de enrolarse en la LVF, que vivía en el frente del Este el antagonismo entre el espíritu patriotero francés y el rígido militarismo prusiano, prefirieron la NSKK, ejército político y unidad internacional.

Partieron, para su entrenamiento, al campo de Schotten, cerca de Amberes. Y a continuación dos compañías francesas fueron enviadas a Rusia, tres a Italia y dos a Hungría.

En el mes de julio de 1943, una treintena de voluntarios que se encontraban entrenándose desertaron y fueron a presentarse a la oficina de reclutamiento de la Waffen SS de Amberes para enrolarse en ella.

Hacía ya unos meses que algunos franceses habían conseguido entrar en la Waffen SS, pero a título individual.

Así, los hubo en formaciones puramente alemanas, como el regimiento Der Führer o la división Totenkopf. Otros se unieron a unidades de reclutamiento nacional, como la brigada Wallonie.

Posteriormente, otros franceses entraron en el regimiento Kurt Eggers, unidad de los corresponsales de guerra de la Waffen SS. Uno de esos periodistas morirá en el frente de Normandía; otro recibirá la cruz de hierro de primera clase, por haber tomado espontáneamente la cabeza de una formación antitanques y destruido varios blindados soviéticos; se encontraba efectuando un reportaje en el sector del Báltico cuando sobrevino el ataque ruso y reaccionó más como artillero que como escritor...

Orígenes de la "Waffen SS".

El decreto del 22 de julio sólo servía, pues, para dar un carácter oficial a un proceso inevitable e intentaba agrupar a todos los franceses fascinados por el temible crisol que les proponía la Waffen SS.

En ese año de 1943, la SS, Estado dentro del Estado, y, en cierta medida, nación por encima de las naciones, encarnaba el mito de la Europa combatiente de Adolf Hitler.

Con su organización política y guerrera, la Waffen SS eclipsaba, por la magia de la propaganda, el recuerdo de la Wehrmacht, nacionalista y tradicional, de los primeros años cuarenta.

La Waffen SS no era ya, si se daba crédito a los reclutadores, una fuerza exclusivamente alemana. Pretendía ser internacional.

Todos los muros del continente se cubrían con un mismo cartel, donde desfilaban soldados armados y cubiertos con cascos, llevando en el cuello las dos letras rúnicas. La leyenda proclamaba, en diferentes lenguas, según los países de reclutamiento:

¡CON TUS CAMARADAS EUROPEOS,
BAJO EL SIGNO SS
VENCERÁS!.

Más de un millón de hombres fueron invitados así a vivir una aventura política y guerrera que no había tenido equivalente en la historia —a no ser durante la primera campaña de Rusia, cuando

Napoleón incorporó a su Gran Ejército medio millón de combatientes extranjeros llegados de la mayoría de los países de Europa—. Pero, esta vez, se proponía a los voluntarios llegar a la propia guardia imperial.

En los primeros años del movimiento nacional-socialista, algunos militantes salidos de la SA habían prestado un juramento personal a Adolf Hitler y tomaron el nombre de Stabwache(7). La unidad se convertirá después en la Stosstruppe(8) Adolf Hitler. Al salir de la cárcel, después del fracaso del golpe de estado de Munich de 1923, el Führer decidió desarrollar paralelamente a la acción política, dos organizaciones paramilitares: la SA, tropa de masa, y la SS, unidad de élite.

Me decía en esa época —escribirá—, que necesitaba una tropa de guardias de corps; podía ser poco numerosa, pero debía serme enteramente fiel. Más vale tener en una ciudad veinte hombres devotos con los que se puede contar absolutamente, que poseer la confianza de la masa versátil.

El 21 de septiembre de 1925, cada sección del partido nacional-socialista recibió la orden de crear una Schutzstaffel. Los primeros SS no eran más que diez en cada ciudad (sólo Berlín contaba con veinte). Llevaban entonces la camisa parda, como los SA, pero arbolaban sobre una gorra negra la calavera de los viejos regimientos de húsares imperiales.

En 1926, los SS recibieron en custodia la «bandera de sangre», la de los nazis muertos el 9 de noviembre de 1923 con ocasión del abortado putsch de Munich.

Expuestos a los golpes de sus adversarios y al desprecio de la SA —los viejos celos entre las tropas de línea y la guardia—, la SS adoptó como primera divisa: *Nobleza es callar*.

Aún no comprendía más que doscientos ochenta hombres cuando, el 6 de enero de 1929, Adolf Hitler colocó a su cabeza a un Joven de veintiocho años, que quería ser oficial y después ingeniero agrónomo. Era el mismo que habla llevado la bandera del movimiento nacionalista, la Reichskriegflagge, con ocasión del putsch de Munich. Se llamaba Heinrich Himmler.

A comienzos de 1930, las SS contaban con dos mil hombres, que se convirtieron en cincuenta y dos mil con la toma del poder y en doscientos cincuenta mil en vísperas de la guerra.

Mientras que se desarrollaba la Allgemeine SS, o SS general, se constituían otras ramas de la organización. Desde 1931, dos años antes de la toma del poder, Himmler había creado el SD(9), servicio oficial de información del partido nacional-socialista. En 1936, Himmler se convirtió en jefe de la policía alemana y recibió el nombre de Reichsführer SS.

Desde la toma del poder, la SS Stabwache, bajo la dirección de Sepp Dietrich, formó la guardia personal de Adolf Hitler, para tomar, poco después, el nombre de Leibstandarte Adolf Hitler y convertirse en el núcleo de la primera división de la Waffen SS.

Con ocasión del restablecimiento del servicio militar obligatorio, en 1935, se crearon unidades permanentes: las SS Verfügunstruppe(10) (VT), que fueron entrenadas para el combate tan bien, o incluso mejor, que las unidades militares. Hubo, así, dos regimientos de VT, que sirvieron de núcleo de la segunda división de la Waffen SS, la división Das Reich.

Además, existían formaciones de SS acuarteladas: los SS Totenkopfverbände, encargados de la custodia de los prisioneros del régimen, que comprendían cuatro regimientos en 1938, doce en 1939, y que contribuyeron a la formación de la tercera división de la Waffen SS, la división Totenkopf(11).

Himmler tenía un gran empeño en que los hombres de la SS, elegidos según criterios físicos y morales draconianos, no quedaran «aislados» en un conflicto futuro, sino que se convirtieran en los mejores soldados del frente. De esta idea nació la Waffen SS.

Al final de la campaña de Polonia ya existían cuatro divisiones de la Waffen SS, una de las cuales era una división de policía. Desde la primavera de 1940 se constituyó el núcleo de una quinta unidad, la división Wiking. Su originalidad consistía en admitir en sus filas voluntarios «germánicos»: daneses, noruegos, holandeses o belgas.

Lo menos que se puede decir es que la Wehrmacht tradicional no vela con buenos ojos la constitución de tropas de élite que escapaban por completo a su control. Si el valor militar de los SS parecía indudable, su fanatismo político, su reclutamiento internacional y su reputación despiadada no podían dejar de inquietar a los militares alemanes «clásicos».

Así, el Gruppenführer(12) Gottlob Berger, brazo derecho de Himmler para todo lo concerniente a la Waffen SS y sus problemas de personal, tuvo dificultades para reclutar hombres en la propia Alemania. La Wehrmacht no toleraba que se le llevasen la flor y la

nata de su reclutamiento. Así es como, por la fuerza de las cosas, que a veces cuenta tanto como la ideología, los Waffen SS formaron sus divisiones con jóvenes alemanes residentes fuera de las fronteras del Reich (los Volksdeutsche) y con jóvenes extranjeros seducidos por el nacional-socialismo.

Doscientos mil no alemanes en la "Waffen SS".

Al final, la Waffen SS agrupó en sus filas, en el curso de la guerra, a cuatrocientos mil alemanes nativos, a trescientos mil Volksdeutsche (entre ellos, muchos alsacianos), cincuenta mil «germánicos» y por lo menos doscientos mil europeos.

Más de trescientos mil hombres de la Waffen SS encontrarían la muerte en el combate.

La política de integración total de elementos no «germánicos» en la Waffen SS planteaba cierto número de problemas, en especial en el plano lingüístico, pero también psicológicos, en relación con los gobiernos o los partidos políticos de las diferentes naciones europeas. Y aunque se continuó alentando los enrolamientos individuales, algunos jefes consideraron necesario operar un reagrupamiento por nacionalidades.

El comienzo de la guerra en el Este, en junio de 1941, proporcionó un nuevo impulso al reclutamiento: la idea de la lucha común contra el bolchevismo tomó el relevo de la idea racial germánica. Así nacieron regimientos, brigadas e incluso divisiones «nacionales».

El jefe del Germanische Leitstelle(13) de la Waffen SS, el Obersturmbannführer(14) Riedweg, un cirujano militar de origen suizo, hizo mucho por esta «europeización», rompiendo para ello algunas lanzas contra los defensores del pangermanismo clásico.

En el momento en que los franceses fueron autorizados oficialmente para formar una unidad de la Waffen SS, se contaba ya con formaciones «nacionales» de daneses, noruegos, holandeses, flamencos, finlandeses, croatas, ucranianos, bosnianos, letones, estonianos y valones.

Los originarios de países neutrales, suizos o suecos, se encontraban repartidos según sus afinidades, mientras que luxemburgueses, checos, lituanos o polacos habían sido enrolados en unidades alemanas o multinacionales.

Después de las francesas iban a formarse otras unidades nacionales con albaneses, eslovenos, húngaros, rutenos, italianos, servios,

cosacos, rumanos, búlgaros, tiroleses, griegos y, sobre todo, rusos. Hubo incluso un destacamento de británicos. En cuanto a los españoles (a los que se agregaron cierto número de portugueses), se quedaron en la Wehrmacht, donde formaron la división Azul. En los últimos meses de la guerra se vio el nacimiento de formaciones caucasianas, asiáticas, árabes e indias. Más de treinta naciones proporcionaron, así, los contingentes de voluntarios.

En julio de 1943, la idea de la Waffen SS alcanzaba su apogeo. Ya no era la tropa victoriosa de la guerra relámpago, pero tampoco era aún el puñado de fanáticos del último momento.

Se acababa de formar una nueva división de la Waffen SS, la división Hitlerjugend(15), con diez mil voluntarios, de diecisiete e incluso de dieciséis años. Esta unidad de benjamines, al mando de un Standartenführer(16) de treinta y cinco años, Fritz Witt —que morirá en combate el 12 de junio de 1944, cerca de Caen— demostraba que Alemania estaba decidida a exigir a su propia juventud los mayores sacrificios.

Las divisiones de la Waffen SS combatían con mucha dureza en todos los frentes y desempeñaban un papel que se presentía decisivo. La situación era muy seria para el III Reich. Cuando los jóvenes franceses se enrolaron en la Waffen SS no era, desde luego, para volar en ayuda de la victoria.

El 10 de julio de 1943, los aliados habían desembarcado en Sicilia; y el 24 Benito Mussolini había sido «dimitido» por el Gran Consejo fascista. Se encontraba prisionero y parecía que Italia iba a cambiar de bando. Roma había intentado sublevarse contra los alemanes.

En el frente del Este, la mayor batalla de tanques de la guerra, entablada el 5 de julio en la región de Kursk llevaba camino de convertirse en derrota en menos de diez días; para los alemanes era un desastre quizá más grave que el de Stalingrado. Comenzaba la retirada ante el «rodillo compresor» del ejército rojo. En agosto, Orel, Bielgorod y Jarkov serían recuperadas por los rusos.

La guerra aérea contra los anglo-americanos estaba perdida. La guerra submarina en el Atlántico resultaba un verdadero fracaso.

Los italianos capitulaban el 8 de septiembre, pero cuatro días después Mussolini, prisionero en un hotel perdido en plena montaña, en los Abruzos, era liberado por un comando paracaidista dirigido por un oficial de la Waffen SS: Otto Skorzeny. El arma a la que pertenecía Skorzeny era entonces, más que nunca, el arma de los hombres decididos a luchar hasta el fin.

Resultados sorprendentes del reclutamiento francés.

Tan pronto como se firmó la ley del 22 de julio de 1943, comenzó la campaña de reclutamiento para la Waffen SS francesa. Sus resultados iban a ser sorprendentes, a pesar de los constantes reveses sufridos por los ejércitos del III Reich. En quince días el número de voluntarios superó el millar, y se triplicó en unos meses.

Se trataba, en su mayoría, de gente muy joven: su media de edad no sobrepasaba los dieciocho años y entre ellos se contaba una buena mitad de estudiantes de bachillerato y universitarios.

Desde hacía meses, los comunicados de los periódicos y las películas de los noticiarios evocaban el valor guerrero de las divisiones de la Waffen SS. Algunos jóvenes franceses, seducidos por el nacional-socialismo y por su propaganda en favor de un «nuevo orden europeo», lamentaban mucho verse excluidos de esos combates donde se jugaba la suerte del mundo.

La primera reacción de los que se enrolaron entonces era una reacción de rechazo y de menosprecio ante los que aguardaban el final de la guerra sin tratar de participar en ella.

Todos, incluso los más jóvenes, se encontraban traumatizados por la derrota de 1940 y soñaban con recuperar, en tanto que franceses, un honor militar. Esta reacción de orgullo herido habría podido conducirlos, en otras circunstancias, a reunirse con las tropas gaullistas de la Francia libre.

Pero para muchos de ellos el movimiento de Londres significaba una restauración de los políticos de la anteguerra, a los que hacían responsables de la derrota.

A veces una débil influencia o un puro azar decidían el campo escogido. Bastaba con que un muchacho resolviera unirse a las fuerzas aliadas yendo a España o que, por el contrario, se decidiera a firmar su enrolamiento en la Waffen SS para arrastrar a dos o tres camaradas del instituto o del taller...

La nueva formación militar atrajo a los elementos más entusiastas de los movimientos de Doriot, de Déat o de Bucard en la zona norte, y de la Milicia francesa de Darnand en la zona sur. A aquellos muchachos, jovencísimos, les parecía imposible quedarse al margen de la lucha. La Waffen SS poseía el prestigio de una especie de «superejército» que no aceptaba en principio más que a voluntarios, incluso entre los alemanes.

Las querellas internas de los partidos políticos «colaboracionistas» y su impotencia para unirse en un momento tan crucial inducían a sus más jóvenes militantes a creer que dicha unidad sólo podía crearse ya en el frente, en el seno de una formación llamada a los más duros sacrificios.
En la propia Francia se iniciaba la guerra civil, con el temible encadenamiento de terrorismo y contraterrorismo.
Los que hablan elegido el partido de la colaboración veían cómo se multiplicaban los atentados contra sus camaradas. Los muertos se contaban por cientos; las represalias, que se anunciaban inminentes, amenazaban con ser terribles. Parecía que había llegado el momento ineluctable de tomar partido con las armas en la mano. Muchos consideraban que valía más ser soldado en el frente que policía... El enrolamiento, es cierto, no dejaba lugar a equívocos, pero permitía escapar a un despiadado engranaje. Y, para muchachos ávidos de acción violenta, la Waffen SS tenía el prestigio de combatir al aire libre y con armas iguales, carácter que no poseían la Milicia y la Gestapo(17).
En el último caso, no se era más que un auxiliar de la policía alemana(18). En la Milicia, ni siquiera se contaba con armas para defenderse...

Los milicianos: probar su bravura militar.

Creada por una ley del 30 de enero de 1943, la Milicia francesa se asemejaba más a un partido tradicional que a una cohorte militar. Su elemento de choque, la Franc-Garde, sólo se constituyó el 2 de junio de 1943, cerca de Vichy, en el campamento de Catabres. En las tres primeras «centenas» así reunidas ni siquiera un hombre de cada diez estaba armado, como se ha visto antes.
El jefe de la Milicia, Joseph Darnand, se dio cuenta de que no podía seguir llevando durante mucho tiempo un juego puramente político, estilo «Revolución nacional», al servicio de un gobierno cada vez más superado por los acontecimientos. Pensó en unirse a la Resistencia e incluso entró en contacto con su antiguo jefe, el coronel Groussard, animador de varias redes antialemanas. Pero no pudo llegarse a un acuerdo y Darnand se volvió hacia la Waffen SS.
El Obergruppenführer Gottlob Berger era, igual que él, un soldado de la otra guerra, cubierto de cicatrices y condecoraciones. Insistió con Darnand sobre el aspecto europeo de la Waffen SS y sobre la

necesidad de reagrupar en ella a todos los franceses en una sola unidad. La entrevista tuvo lugar en la escuela de oficiales de la Waffen SS en Bad Tölz, en Baviera, en un grandioso paisaje de montañas.
Joseph Darnand quedó seducido por la idea, pero se reservó aún la respuesta. El jefe del movimiento juvenil de la Milicia, la Vanguardia, el capitán Jean-Marcel Renault, as de la aviación en 1940, lo animó a dar ese paseo. Numerosos jefes milicianos fueron de la misma opinión. Se trataba, para ellos, de «colonizar» la Waffen SS de la misma manera que las gentes del PPF de Doriot habían «colonizado» antes la LVF.
Al enviar voluntarios a la Waffen SS, la Milicia adquiriría, según ellos, un prestigio seguro. Y además podría «subir» a la zona norte, donde hasta entonces estaba prohibida. Y, sobre todo, recibiría las armas que tanto necesitaba.
Además, el prestigio militar de la Waffen SS influía profundamente sobre los jefes milicianos, la mayoría de los cuales eran excombatientes de una u otra guerra. Todos ellos querían probarles a los alemanes la bravura del soldado francés y borrar la vergüenza de 1940. Un encadenamiento de las circunstancias y las directrices oficiales del gobierno de Vichy los habían empujado al campo de la colaboración, pero seguían siendo nacionalistas franceses. Al abrirles sus puertas, la Waffen SS parecía devolverles su honor de soldados. De manera que Joseph Darnand, por fin, se decidió.
Unos días después de la constitución de la unidad francesa de la Waffen SS, el propio Darnand pidió su enrolamiento en ella, siendo nombrado Sturmbannführer(19). Prestará el juramento obligatorio en el mes de agosto de 1943 durante una ceremonia íntima en la embajada alemana.
Darnand no renegará de su gesto. En Niza, con motivo de una reunión celebrada unos meses después, afirmará:

«Yo también me he enrolado. He prestado juramento.
Pronto iré a reunirme con ellos en el frente del Este, cuando hayan terminado su entrenamiento. Me siento orgulloso de poder confirmar esto a nuestros amigos y a nuestros enemigos.»

Los milicianos que se enrolaron en la primera unidad francesa de la Waffen SS, igual que todos sus camaradas de los otros partidos políticos, iban a cortar rápidamente los puentes con su pasado. No se mezclaron en absoluto en la guerra civil que a continuación se

desarrolló en Francia y encontraron en la Waffen SS la ocasión para convertirse en lo que soñaban: soldados del frente.

Más vale batirse en Rusia que en Saboya.

La primera unidad francesa de la Waffen SS iba a formarse en el campamento de Sennheim (Cernay), en Alsacia. En este gran cuartel se encontraban voluntarios de todas las nacionalidades; desde su llegada, todos se encontraban cogidos «por el ritmo».
Se reunió rápidamente más de un millar de hombres. Entre ellos, los soldados de la NSKK, llegados del campo de Schotten, y los de la Kriegsmarine, cuya base de retaguardia se encontraba en Sennheim, parecían viejos. Los otros llegaban tanto de la zona sur como de la zona norte y solían estar muy politizados. Había también voluntarios procedentes de Alemania, donde se encontraban como trabajadores libres o incluso como prisioneros de guerra.
Al lado del reclutamiento «ideológico» algunos habían sido voluntarios «por oficio», gracias al método alemán llamado Erpressung (chantaje); la Waffen SS se presentaba como una especie de salida después de una tontería mayúscula, aunque no deshonrosa —como haber seducido a una alemana...
Los reclutadores no se habían preocupado mucho por la calidad y en Sennheim se encontraba, entre los no políticos, lo mejor y lo peor. Lo primero que tenían que hacer los Instructores era seleccionar. Y el campamento semejó pronto un gigantesco tamiz, cuyo criterio esencial era el despiadado entrenamiento de la Waffen SS.
El jefe nominal francés de esta «operación SS» era un militante del PPF de Jacques Doriot, que esperaba renovar así lo que le había salido tan bien con la LVF. Exoficial que había servido antes en los meharistas, el coronel Gamory-Dubourdeau se acercaba a los sesenta años; a causa de su edad, jamás ejerció un verdadero mando.
Los cuadros reales venían de la Milicia. Eran una docena, enrolados por orden de Darnand el 11 de octubre de 1943. Con ellos, doscientos voluntarios de la zona sur, destinados a convertirse en oficiales y suboficiales.
Estos milicianos no fueron muy bien vistos por sus camaradas de la Milicia, cuyo lado «católico y francés siempre» no apreciaba gran cosa el carácter internacionalista y pagano de la Waffen SS. Pero los voluntarios de Sennheim no se preocupaban mucho por las críticas y preferían pelear en Rusia a hacerlo en Saboya... Habían seguido con

entusiasmo a los jefes que la Milicia había proporcionado para esta operación.
Pierre Cance, originario de Burdeos, era, a los treinta y cinco años, el colaborador más cercano de Darnand. Tan buen organizador como poco diplomático, este exjugador de rugby no carecía de prestancia personal ni de valor físico.
Había de convertirse en el jefe del primer batallón que entrara en fuego. Noël de Tissot parecía todo lo contrario de un militar. Intelectual algo bohemio, sabía desplegar su encanto personal para imponer un personaje soñador e irónico, algo desplazado en el estricto universo de la Waffen SS; encontraría la muerte en su primera acción de guerra. León Gautier era, en la vida civil, profesor de historia y ahora se disponía a vivirla con el uniforme SS, con una
jovialidad que devolvía la moral a los más nostálgicos. Henri Fenet, joven oficial en activo, se había encontrado sin empleo a finales de 1942 y organizó la Milicia en el departamento de Ain. Pero creía mucho más en la solución militar que en la política y pensaba que la suerte de Europa, y por lo tanto de Francia, se estaba jugando en el frente...
Gran parte de Ucrania se había perdido; la cuenca del Donetz y la península de Crimea habían sido recuperadas por el ejército rojo; el 6 de noviembre, Stalin iba a ocupar Kiev. Sin embargo, si los alemanes ganaban aun la guerra o si se resignaban a una paz de compromiso, sólo tendrían derecho a hablar los europeos que se hubieran batido. Todo lo demás carecía de importancia, y sobre todo la política interior francesa. En cuanto a la derrota alemana significaba para los voluntarios —como para Pierre Laval, que había firmado el decreto del 22 de julio de 1943—, el triunfo del bolchevismo.
Comenzó la instrucción. Los oficiales se alojaron aparte, en un chalet, pero sufrían igual que los demás la ruda formación de los SS.
Muy rápidamente se formaron seis compañías de instrucción con más de doscientos hombres en cada una.

Todos pierden su graduación.

La mayoría de los voluntarios no contaban veinte años y no tenían ninguna responsabilidad en la derrota del 1940, cuyo agobiante peso sentían, sin embargo. Desconfiaban un poco de los mayores y tenían prisa por probar a los instructores alemanes, escandinavos u holandeses su valor personal.

Los suboficiales y los oficiales habían conocido en su mayor parte la derrota, muy jóvenes, y se habían comportado valerosamente. Hecho único en la historia de los «mercenarios», todos perdieron sus grados. Los suboficiales se convirtieron de nuevo en soldados rasos en la primera parte de la instrucción y los oficiales tuvieron que contentarse con un grado teórico de Oberscharführer(20).
Los franceses descubrían en Sennheim un mundo enteramente nuevo, donde el entrenamiento físico contaba tanto como la formación ideológica. El Waffen SS debía ser un soldado, y un soldado político.
Mientras que los jóvenes se adaptaban con facilidad a este estado de cosas, algunos intelectuales y algunos granujas tuvieron problemas para aceptarlo. Pero a nadie se dejaba tiempo ni para respirar y durante tres meses, de las 6 de la madrugada hasta las 5 de la tarde, sólo hubo competiciones deportivas, marchas y contramarchas.
Se veía poco al comandante del campamento, un tal Fick, que tenía el grado de Oberführer(21). El gran jefe de la instrucción era el Sturmbannführer Welbrock, un mutilado que sólo podía desplazarse en coche de caballos. Menos interesado por las teorías políticas que por los criterios éticos, era un hombre que concedía gran importancia al valor moral y físico y aspiraba, ante todo, a desarrollar las cualidades individuales de cada uno de los voluntarios que le habían sido confiados. Welbrock adquirió en seguida una considerable influencia personal.
Los oficiales franceses fueron guiados por un muchacho de su edad, Reiche, exagregado de embajada, convertido en combatiente de élite en una división de la Waffen SS.
Los seguiría hasta el fin y encontraría la muerte en el frente con sus «cachorros».
Muy rápidamente iba adquiriendo su ritmo la Waffen SS francesa. Saint-Loup, que ha narrado su aventura en una novela histórica, Les Hérétiques (Los Herejes), da una imagen de la transformación de los alistados:

Al cabo de tres meses, la media de peso para un joven Waffen SS anota alrededor de los sesenta kilos. Pero corre cómodamente el maratón de cuarenta kilómetros, atraviesa a nado el Rhin, salta desde una altura de seis metros con los ojos cerrados. Exteriormente, todo él es músculos largos bajo la piel bronceada. En su Interior ha sido blanqueado con cal.

Pero este gran «encalamiento» no había podido conseguirse siempre sin problemas.

Uno de los más fanáticos para alistarse en la Waffen SS había sido el periodista Philippe Merlin, que dirigía el equipo del semanario Joven Fuerza de Francia. Pero quedó un poco decepcionado al ver cómo su papel político era muy limitado. No había sitio para semejante ambición en una unidad militar. Llegó incluso a encontrarse con el propio Himmler y, con ocasión de un permiso, evocó su decepción: *«Es un poli, tan bajito como Chiappe y con la facha de Langeron»* (ambos, exprefectos de policía de París, muy conocidos antes de la guerra).
La frase no gustó mucho, como tampoco ciertas intrigas políticas o sentimentales. El caso es que Merlin acabó suicidándose. De acuerdo con sus deseos, fue incinerado y sus cenizas arrojadas al Rhin. Así murió, en la primavera de 1944, el primer Waffen SS francés, víctima de su propio romanticismo.
Sus camaradas no se planteaban problemas y se dejaban fundir poco a poco en el crisol. Por la noche, tras los ejercicios, se dirigían a las pequeñas posadas de los alrededores, donde los alsacianos, muchos de los cuales llevaban entonces el uniforme de la SA, parecían bastante sorprendidos al encontrarse con franceses «del interior» con el de la Waffen SS. Algunos voluntarios iban incluso a misa, de paisano. Los que entendían el alemán oyeron al cura de
Sennheim tronar desde el pulpito contra «la peste negra», es decir... contra la SS. No volvieron más a la iglesia.
En el mes de enero, el tamiz de Sennheim había funcionado lo bastante para que se pudieran sacar las consecuencias de la selección. Los candidatos oficiales salieron hacia Bad Tölz, a la SS Junkerschule (escuela de alumnos oficiales), los suboficiales hacia la escuela de Posen-Treskau, cerca de Praga. En cuanto a los SS rasos, se quedaron en Sennheim para la segunda parte de su entrenamiento: la instrucción militar.

"¡Que Dios me ayude!".

Durante cuatro meses, en enero, febrero, marzo y abril de 1944, se desarrolló un duro trabajo de formación de los hombres y de los mandos, que dará como resultado, en la primavera, la creación de la

7.ª SS Sturmbrigade —la brigada de asalto francesa—, fuerza de unos dos mil hombres.
Pero antes de abandonar Sennheim para dirigirse a las escuelas, todos los voluntarios franceses de la Waffen SS prestaron el juramento que los ligaba hasta la muerte.
La tropa se congregó en formación cuadrada. Cuatro hombres avanzaron en nombre de sus camaradas y pusieron la mano sobre la espada desnuda que sostenía un oficial, mientras que con la otra mano hacían el viejo gesto del juramento, dos dedos levantados.
La nieve recubría los techos del cuartel de Sennheim.
Las palabras resonaban con claridad en el aire helado y todos los hombres las repetían, frase por frase:

Te juro, Adolf Hitler, Führer germánico y reformador de Europa, ser fiel y valiente. Juro obedecerte a ti y a los jefes que me designes hasta la muerte. Que Dios me ayude.

La oleada de las respuestas subía por encima de los numerosos hombres que morirían posteriormente para mantener este juramento.

Los alumnos oficiales se encaminaron hacia Bad Tölz, en Baviera. Al franquear la bóveda del portón, flanqueado por dos atalayas, entraban en el «santo de los santos» de la Waffen SS.
La SS Junkerschule formaba cuadros para todas las divisiones. Se encontraban allí numerosos oficiales extranjeros y ex oficiales alemanes de la Wehrmacht que habían perdido unos y otros su grado al entrar en la Waffen SS y se disponían a reconquistarlo a fuerza de trabajo, de disciplina y de valor.

Los franceses, protagonistas entre treinta naciones.

La primera promoción de oficiales franceses contaba con una veintena de candidatos, y el inevitable Reiche, siempre tan diplomático, servía de agente de enlace. El jefe de la instrucción del grupito era el Hauptsturmführer(22) Kostenbader. Hablaba un francés bastante pintoresco a veces, pero era un excelente instructor, enérgico y dinámico. Como muchos oficiales de la Waffen SS, no concedía una gran importancia a los problemas políticos. Le parecía que lo esencial era ganar la guerra. A continuación, habría que entenderse, siempre entre guerreros, para construir era famosa

Europa nueva... Un tal Bender daba un mínimo de clases ideológicas y su enseñanza provocaba a veces la ironía de los franceses, entre los que habla varios profesores.
Todos los oficiales hablan sido reducidos uniformemente al grado de Unterscharführer(23) y se preguntaban si esta incesante desgradación iba a durar mucho tiempo.
En la mesa o en la piscina, los franceses, con el handicap de su desconocimiento del alemán, trababan amistad sobre todo con los valones y los suizos. El ambiente de Bad Tölz era, voluntariamente, muy internacional. Se encontraba allí la élite de la Waffen SS y esos jóvenes alumnos oficiales, llegados de una treintena de naciones, ardían en deseos de probar las cualidades militares de su raza. La mayoría de los instructores, alemanes o extranjeros, eran mutilados de guerra y dos compañías se componían exclusivamente de mutilados. Se concedía capital importancia a los problemas de reeducación. Los combatientes heridos debían recuperar su aptitudes para la lucha y su dignidad de hombres.
Los días pasaban muy de prisa, entre ejercicios deportivos y militares; las salidas a la calle principal de Bad Tölz eran escasas, e igualmente las visitas a los diferentes cafés de la ciudad, donde esos hambrientos perpetuos que eran todos los hombres de la Waffen SS durante su período de entrenamiento, disfrutaban de las delicias de la pastelería alemana. Hubo una visita a la pinacoteca de Munich, pero el turismo ocupaba realmente muy poco lugar en esta aventura.
Los alumnos oficiales franceses quedaron deslumbrados de inmediato por el confort del acuartelamiento, el carácter racional de la instrucción y la increíble suma de conocimientos que debían almacenar en un tiempo muy breve.
La enseñanza táctica ocupaba un lugar muy importante y los franceses gozaban de un régimen especial a causa de las dificultades lingüísticas. Ello no les impidió obtener en los exámenes finales notas claramente superiores a la media de sus camaradas germanófonos.
Cuando llegó el fin de curso y los nombramientos de los diferentes grados, los nuevos oficiales tuvieron derecho a una estancia para esquiar en los Dolomitas italianos. Eso iba a ser su última Imagen de paz.
En San Martino di Castrozza, en una estación de deportes de invierno requisada, vivieron unos días inolvidables. Un bosque de mástiles rodeaba a aquél donde restallaba, con el viento de las cimas, el

pabellón negro de las dos letras rúnicas blancas; a su alrededor, las banderas de las naciones que habían proporcionado voluntarios para la Waffen SS. La de Alemania ondeaba igual que las otras, ni más ni menos alta. Símbolo de la igualdad que todos estaban dispuestos a pagar con el precio de su sangre.
No existía problema «nacional» entre los jóvenes oficiales llegados voluntariamente a luchar desde todos los países de Europa. Sólo contaba la nueva fraternidad del valor.
Estamos a finales de marzo de 1944.
Algún cretino de un lejano estado mayor se dio cuenta entonces de que todos los franceses tenían una reputación de buenos artilleros y decidió transformar la brigada de asalto francesa en una unidad de artillería; todos fueron enviados entonces a la escuela de Benechau. Pero la broma provocó tal alboroto que no duró más que unos días, y por fin se decidió que la 7.ª SS Sturmbrigade sería una unidad normal de infantería motorizada. Se la encaminó hacia Neweklau, en las cercanías de Praga.
Restaba por realizar la amalgama entre los hombres que provenían de Sennheim, los suboficiales que salían de Posen-Treskau —donde hablan sufrido un entrenamiento de un rigor espantoso, entre las nieves del invierno checo— y los oficiales pasados por el crisol de la SS Junkerschule de Bad Tölz.
Se habla perdido el contacto durante bastantes meses y unos y otros volvieron a encontrarse con mucha curiosidad y algo de inquietud.

"Ser, ante todo, un SS".

El antiguo instructor Kostenbader recibió el mando del conjunto de la brigada, asistido por Gamory-Dubourdeau, cuyo papel pareció sobre todo honorífico. Cance, nombrado Hauptsturmführer, tomó en sus manos el primer batallón y organizó cuatro compañías de estado mayor, todas al mando de oficiales franceses.
El entrenamiento continuó con más intensidad, esta vez en el cuadro de una unidad completamente francesa.
En esos comienzos de abril de 1944 hacia aún mucho frío, el abastecimiento era deplorable y el ejercicio llegó a ser tan duro que muchos hombres se desmayaron durante las maniobras. Pero ni uno sólo de ellos quiso ser evacuado.
Una nueva selección eliminó a los que ya hablan escapado al tamiz de Sennheim. Se rechazó al diez por ciento de los efectivos, empezando

por aquellos cuyas fichas judiciales se habían recibido ya y que estuvieron en campos de trabajo por haber incurrido con anterioridad en penas infamantes.
El entrenamiento duró hasta el mes de julio de 1944. Los aliados entretanto, hablan desembarcado en Normandia y realmente no era cosa de conceder el menor permiso antes de la salida hacia el frente.
Hubo una crisis de moral porque esta partida hacia las primeras líneas se veía retrasada sin cesar. Algunos se hablan alistado en la Waffen SS hacia ya un año y aún no podían pelear.
Pero habla que perfeccionar aún la instrucción militar y la amalgama política. Al principio, las diferencias de origen habían planteado problemas. Los de la zona norte consideraban a los de la zona sur como «reaccionarios», y éstos les reprochaban el ser «revolucionarios». Pero, poco a poco, se iba fraguando un espíritu nuevo.
Algunos hablan sufrido una crisis nacionalista y otros por el contrario, no querían oír hablar de Francia. Eso no duró mucho, pues la idea europea progresaba rápidamente y permitía allanar las diferencias políticas. Progresivamente, las viejas etiquetas se hacían transparentes y se borraban los antagonismos.
«Debéis ser, ante todo, un SS», repetían los instructores.
Cuando se produjo el famoso complot del 20 de julio contra Hitler, la SS Sturmbrigade esperaba sus camiones para llegar a las líneas de fuego. Esto había frenado también un poco la salida, pues los franceses habrían querido llegar al frente en vehículos Renault. El bombardeo de Billancourt impidió ese proyecto y las unidades se acomodaron por fin en camiones Ford.
En el último momento, una nueva selección eliminó a los que no estaban plenamente en forma. Se organizó así el encuadramiento de los elementos de depósito y la instrucción de los recién llegados.
Gamory-Dubourdeau se quedó en Neweklau con dos compañías.
Se constituyó entonces, para el frente, el primer batallón de la brigada de asalto. Cance tomó el mando, con de Tissot en la 1.ª compañía, Gaultier en la 2.ª y Fenet en la 3.ª Se trataba de fuertes compañías de combate, con doscientos hombres cada una. La *Pak*(24) fue confiada a Pleyber.
Los cuatro eran Obersturmführer(25) desde su salida de Bad Tölz.
Los que tenían que quedarse en Neweklau miraban con envidia a sus camaradas que se dirigían hacia el Este.

La "SS Sturmbrigade" ante el ejército rojo.

El viaje duró una semana. Por fin, los franceses llegaron a la antigua Polonia austríaca, a Galitzia.
El ejército rojo acababa de efectuar una penetración en el sector y la 18.ª división de la Waffen SS(26) trataba de rellenar la brecha, bien que mal. El Oberführer Trabands, que la mandaba, había visto cómo sus efectivos se fundían en la confusión y algunas de sus compañías habían quedado reducidas a unos veinte hombres.
Los franceses fueron lanzados rápidamente a la batalla.
La 3.ª compañía, la de Fenet, tenía que tapar una peligrosa brecha. Para ello había que atravesar un terreno descubierto y los SS avanzaron a saltos, como en los ejercicios. Durante esta marcha de dos kilómetros, bajo un diluvio de fuego, sólo hubo que lamentar dos heridos leves.
Al día siguiente, 10 de agosto de 1944, todo el batallón iba a entrar en combate en condiciones bastante malas.
Sin ni siquiera ver al enemigo, los hombres de la segunda compañía, amontonados al borde de un bosque, fueron un excelente blanco para la artillería rusa. Uno de sus jefes, Gaultier, cayó gravemente herido y las pérdidas fueron numerosas. El primer muerto en combate de la Waffen SS francesa fue el Sturmmann(27)
Delattre.
Pero las órdenes eran formales: había que reducir absolutamente una «bolsa» rusa y tratar de avanzar hacia la vía del ferrocarril de Cracovia a Sanok.
Con la 3.ª compañía, Fenet cerró el flanco derecho de la bolsa, y de Tissot, con la 1.ª compañía, el lado izquierdo. En el centro, Gaultier, evacuado, había pasado el mando a Bartolomei, que también será herido y reemplazado por Pleyber.
En una carga a la bayoneta, dentro de la mejor tradición francesa, los voluntarios de la brigada de asalto llegaron a la vía férrea el 15 de agosto. La bolsa quedó reducida así en pocos días. Pero los franceses tenían ya un diez por ciento de pérdidas. A pesar del despiadado entrenamiento, la mayoría de ellos se habían mostrado demasiado temerarios...
El Oberjunker (28) Peyron fue el primer oficial muerto.
Bastante debilitados por este terrible bautismo de fuego, los hombres de la SS Sturmbrigade descansaron durante dos o tres días.

En aquella parte riente de Galitzia conocieron las alegrías del guerrero que acaba de obtener su primera victoria, donde se domina el miedo.
Pero el ejército rojo continuaba su penetración.
Después de dos días de descanso, el 1.ª batallón de la SS Sturmbrigade volvió a subir a primera línea, el 17 de agosto de 1944.
Los Waffen SS franceses tenían por misión contener la ofensiva rusa que se disponía a atravesar el Visloka, un afluente del Vístula, casi seco en el corazón del verano. El frente que habían que defender tenía quince kilómetros de largo y el Hauptsturmführer Cance sólo disponía de unos ochocientos hombres, siempre articulados en tres compañías: la 1.ª con de Tissot, la 2.ª con Lambert, un jovencísimo Untersturmführer(29), que acababa de tomar el mando, y la 3.ª, siempre a las órdenes de Fenet.
La ofensiva soviética se desenvolvía de una manera irresistible. Las posiciones que debía ocupar el batallón se encontraban ya atestadas de rusos cuando los franceses quisieron ocupar sus puestos.
Durante la noche se desarrollaron terribles combates, cuerpo a cuerpo, en medio de una atmósfera de crueldad y de confusión indescriptible. Se peleó con cuchillos y con las palas de las trincheras.
En la noche del 20 al 21 de agosto se produjo el drama.
La ofensiva rusa aplastó a los franceses bajo el número y la potencia de su fuego.
La 2.ª compañía fue completamente hundida y dislocada en el río Visloka; los que escaparon a la muerte o a la captura se replegaron hacia la retaguardia, en pequeños grupos.
En la 1.ª compañía la situación era casi igual de grave.
Su jefe, Noel de Tissot, desapareció en la noche, muerto sin duda en una emboscada rusa. La mitad de su compañía se volatilizó antes del alba.
En cuanto a Fenet, era el único que mantenía sus posiciones con la 3ª compañía, pero estaba completamente cercado.
Sin embargo, consiguió resistir toda la mañana del 21 de agosto e incluso intentó contraatacar para liberar a una sección, aislada en medio de los rusos, pero no consiguió penetrar hasta allí. El Oberjunker Laschett, que la mandaba, fue hecho prisionero y moriría después en cautividad en Tambow. La 3.ª compañía, así amputada y muy maltrecha, debía liberarse a toda costa del cerco ruso para regresar a la línea de resistencia del batallón, dos o tres kilómetros más al sur. Fenet consiguió atravesar las líneas rusas y llegó a ocupar

una nueva posición, ante el pueblo de Mokré, donde el Hauptsturmführer Cance acababa de Instalar su PC.
Los franceses en retirada se encontraban mezclados con elementos de la Wehrmacht y de la división Horst Wessel.
Algunos fueron recuperados en Kampfgruppe(30) Improvisados y se hicieron matar allí en vez de continuar retrocediendo.

Ochenta por ciento de pérdidas.

El batallón volvió a formarse mal que bien, en la madrugada del 22 de agosto, en las cercanías de Mokré. Mucha gente faltaba al pasar lista.
Las isbas del pueblo estaban invadidas por civiles polacos que huían de los rusos, por voluntarios franceses y por heridos alemanes. La confusión era total. La artillería soviética cañoneaba sin parar todo el sector.
El oficial de enlace, Reiche, que no había abandonado la SS Sturmbrigade desde la época de Sennheim, murió en este bombardeo, así como numerosos franceses. El oficial de ordenanza Scapula y el corresponsal de guerra Le Marquer encontraron también la muerte. Lambert cayó, mortalmente herido, contraatacando a la cabeza de su compañía para proteger el PC del batallón. Sus últimas palabras fueron: «La cruz de hierro.» Fue condecorado con ella a título póstumo. El propio Cance recibió tres heridas, pero no aceptó que lo evacuasen hasta después de haber resistido doce horas en Mokré, tal y como se había comprometido a hacer con el mando alemán.
De los diecisiete oficiales del 1er batallón, siete habían muerto y había ocho heridos más o menos graves. Fenet cayó de los últimos, alcanzado en un hombro, tras haber intentado organizar la defensa de Dembica, un pueblo situado al sur de Mokré, donde se encontraba el tren de equipajes de la unidad francesa.
Los supervivientes, dispersos, consiguieron resistir allí un día más. Pero el 23 de agosto se produjo el repliegue en dirección a Tarnow y tuvieron que pasar a través de elementos rusos, infiltrados en todo el frente.
Quedaban aún unos ciento cuarenta hombres válidos del millar que había entablado batalla en el frente del Este el 10 de agosto de 1944. En menos de quince días de encarnizados combates, el 1er batallón de la Waffen SS francesa había sufrido graves pérdidas; jamás se pudo hacer un cómputo exacto, pero hubo alrededor de cien muertos, seiscientos heridos y cuarenta prisioneros.

Se encontraron franceses en todos los hospitales de aquel sector del frente y sólo mucho después pudieron reunirse con sus camaradas. En el desorden de la batalla, algunos combatientes habían sido recogidos por unidades alemanas y jamás volvieron a encontrar a sus compatriotas.
Los duros combates desarrollados en Galitzia por los primeros Waffen SS franceses que sufrieron la prueba del fuego fueron celebrados muy pronto por las otras unidades de la SS Sturmbrigade. Se habían concedido cincuenta y ocho cruces de hierro, varias de ellas a título póstumo. El 1er batallón se encontraba fuera de combate pero ya había nacido su leyenda.
Un voluntario escribió entonces una especie de canto fúnebre para los caídos en Galitzia, a los que iban a seguir otros muchos:

Souffle le vent, sifflent les balles
Gronde le son du canon.
Parmi la mort et les rafales
Se tient debout le bataillon.
Se tient debout dans la têmpete,
Germe d'ordre au sein du chaos,
Camarades, levez la tête
Avant de monter à L'assaut.
Epis fervents, blonde mouture
Du pain sacre d'un renouveau,
Car du sang clair de nos blessures,
Un espoir jaillira plus beau.
Un espoir plus grand que le monde,
Un espoir plus haut que le del.
Ne pleurez pas sur notre tombe,
Notre ame est fille du Soleil.(31)

Fusión con la LVF.

Reagrupados en el bosque de Tarnow, algo hacia atrás del frente del Vístula, los supervivientes del 1er batallón de la SS Sturmbrigade fueron enviados al «corredor» de Dantzig, a Schwarnegast.
Allí se encontraba ya el 2º batallón y el Obersturmführer Gamory-Dubourdeau.

La LVF había sido reagrupada no muy lejos de allí, en Saalesch, bajo la dirección del coronel Puaud, un ex oficial de caballería, de espléndida presencia pero tan suficiente como Incapaz... Los más veteranos legionarios tenían a sus espaldas tres años de combate en Rusia y en Polonia. La última batalla, en el cementerio de Bobr, había sido particularmente encarnizada y la LVF había conseguido a duras penas recuperar su cohesión. Quedaban, después de la retirada, poco más de dos mil hombres.

Se decidió entonces realizar la fusión de la LVF y la SS Sturmbrigade. Esta solución no gustó a ninguna de las dos unidades. Algunos legionarios consideraban que la aventura había terminado, puesto que habían franqueado la frontera rusa durante la retirada. Un espíritu revoltoso, patriotero e incluso antialemán los alejaba de la Waffen SS, cuya disciplina rígida y cuya reputación de fanatismo ideológico temían. Los jóvenes voluntarios Waffen SS, al contrario, no habían conocido nunca el ejército francés y no entendían muy bien el apego de los legionarios a todas las tradiciones del nacionalismo e incluso del chauvinismo francés. Les reprochaban sobre todo sus burlas, su indiferencia, su indisciplina, todo lo que habían querido evitar al alistarse en la Waffen SS. Pero tanto unos como otros respetaban el valor de sus compatriotas enrolados como «soldados perdidos» en el más duro de los frentes.

La fusión fue querida sobre todo por el jefe de la LVF, el coronel Puaud, que consiguió que lo nombraran Oberführer. En esta operación, más política que militar, lo alentaba monseñor Mayol de Luppé, de sesenta y dos años, gran capellán de la LVF, cubierto de cicatrices y de condecoraciones recogidas en todos los campos de batalla del imperio francés y del frente del Este. Ambos, bastante influyentes en Berlín, habían decidido al estado mayor de Himmler a reagrupar a todos los franceses en una sola gran unidad de la Waffen SS.

Al recuperar a los hombres de la SS Sturmbrigade, de la LVF, de la Kriegsmarine, de la NSKK, de la Organización Todt, sin contar con los nuevos voluntarios reclutados entre los obreros y refugiados en Alemania, se podía constituir una gran unidad enteramente francesa.

Se decidió que llevaría el nombre de brigada *Carlomagno* emperador «binacional» cuyo patrocinio apareció como un buen símbolo de la reconciliación franco-alemana. Se eligió para su entrenamiento el campamento de Wildflecken, en las montañas de Rhön, en Franconia, entre Nuremberg y Franckfurt.

Noviembre de 1944: la Milicia como refuerzo.

Aunque algunas decenas de veteranos de la LVF se habían negado a incorporarse a la Waffen SS, pretextando motivos nacionales o incluso religiosos, la nueva brigada francesa iba a recibir importantes refuerzos procedentes de la Kriegsmarine (cerca de un millar de hombres) y, sobre todo de la Milicia (más de dos mil).
A finales de agosto de 1944, en el mismo momento en que los voluntarios del 1er batallón se encontraban peleando en Galitzia, los militantes de la Milicia francesa llegaban al sector de Belfort y de Nancy, antes de reagruparse en campo de Struthof, en Alsacia. Joseph Darnand acudió a pasarles revista, restableció un poco la disciplina y degrado a todo el mundo. Luego los milicianos franquearon la frontera alemana y se encaminaron a Ulm a partir del 22 de septiembre. Se contó rápidamente con seis mil hombres, pertenecientes en su mayoría a la Franc-Garde.
Joseph Darnand fue recibido entonces por el Obergruppenführer Berge, y después por el Reichsführer Himmler, el QG de Birkenwald. Nadie pretendía dejar «desocupados» a los milicianos en medio de una Alemania en guerra total. Se decidió que los más valiosos pasaran a la brigada Carlomagno, entonces en formación.
A finales de octubre se organizaron varias reuniones en Ulm. El 22 de octubre, el capitán Bassompierre, que había combatido en la LVF, habló a los guardias francos congregados en el estadio y les pidió que se presentaran voluntarios para la Waffen SS. Al día siguiente, en un cine de la ciudad, el propio Joseph Darnand arengó a sus milicianos:

«No podemos vivir ociosos en una Alemania en guerra contra el comunismo y la plutocracia. Nuestro deber es combatir o trabajar...»

La inmensa mayoría de los guardias francos se declaró dispuesta a proseguir la lucha con las armas en la mano.
Tras una despiadada selección física, los dos mil más jóvenes y más valiosos fueron aceptados en la Waffen SS.
Hablan acudido a Ulm algunos supervivientes de la SS Sturmbrigade, como el Obersturmführer Fenet y Bonnefoy, el médico del 1er batallón. Se dieron cuenta de la necesidad de que los milicianos sufrieran un entrenamiento a fondo y, al mismo tiempo, un período de aclimatación a la Waffen SS.

La guerra que les esperaba en el frente del Este prometía ser mucho más dura que las escaramuzas que los habían enfrentado con el maquis. ¡No se podía comparar los combates del Vístula con los de Les Glières! Los dos oficiales pidieron que por lo menos los cuadros pasaran por el crisol de la despiadada formación de la Waffen SS. Pero Darnand les contestó que no tenían tiempo y que habría que arreglárselas así. Incluso consiguió imponer una equivalencia de grados para los jefes milicianos —que fue tan mal aceptada por los viejos zorros de la LVF como por los jóvenes lobos de la SS Sturmbrigade que hablan pasado todos la prueba del fuego.
Los oficiales y suboficiales de la Milicia, en su mayoría valerosos combatientes de 1939-40, tenían una guerra de retraso y lo ignoraban todo sobre la técnica y el espíritu de los combates en el frente del Este. Aunque su encuadramiento parecía bastante mediocre, los jóvenes milicianos no carecían de ánimos y ardían en deseos de igualar a sus camaradas de la LVF y de la Waffen SS.

¡A los sones de "La Madelon"!.

El 4 de noviembre de 1944, los milicianos voluntarios para la Waffen SS y sus camaradas que quedaban de una unidad de guardias francos desfilaron por las calles de Ulm, con la bandera tricolor a la cabeza. La población alemana miraba con cierta extrañeza a aquellos tres mil hombres vestidos de azul marino, que cantaban a pleno pulmón:

Monica, chère compagne...
Nous reviendrons victorieux(32).

Se embarcaron en tren y llegaron a Wildflecken al día siguiente, provocando cierto estupor al entonar *La Madelon* a su llegada al campamento. El capitán Raybaud —ex oficial de cazadores alpinos—, que los mandaba, había querido que sus milicianos afirmasen así su calidad de franceses en el mismo momento en que iban a ser incorporados a unidades que se aseguraba que estaban muy germanizadas.
Estamos en noviembre de 1944.
Al día siguiente de la llegada de los milicianos a Wildflecken tuvo lugar la ceremonia del juramento. No todos habían recibido el traje de campaña feldgrau; muchos vestían de azul marino y algunos, incluso, de kaki.

La ceremonia se desarrolló en presencia del Kommandeur de la división Wallonie, León Degrelle, cruz de hierro de caballero colgada al cuello, y de Monseñor de Mayol de Luppé, que pronunció una homilía político-religiosa donde se trató a la vez de «nuestro Santo Padre el Papa y de nuestro venerado führer Adolf Hitler».
Luego, muy rápidamente, los milicianos fueron repartidos entre las compañías y comenzó el entrenamiento. En medio de un decorado de abetos y de colinas nevadas, muy pronto resultó extremadamente duro. Había que arrastrarse con más de un metro de nieve, con el estómago vacío, y adquirir el máximo de conocimientos militares en el mínimo de tiempo. Se estaba muy lejos de la enseñanza minuciosa y gradual de Sennheim, pero el tiempo se echaba encima.
La formación para el combate reemplazó pronto a la instrucción de todos los jóvenes reclutas y cada uno demostró la mayor buena voluntad. Pero la intendencia no hacía lo mismo. Los capotes, indispensables en pleno invierno, provenían de un viejo stock del ejército italiano... Muchos carecían de calzado en buenas condiciones y algunos ni siquiera recibieron un casco.
Los hombres, agotados por las incesantes maniobras, no tenían tiempo de plantearse problemas intelectuales, pero los mandos se lanzaban muchas veces a ásperas discusiones. Entre Francia y la Carlomagno había caído un espeso telón. La falta de noticias no arreglaba gran cosa la moral, aunque sí agudizaba el deseo de combatir. Monseñor Mayol de Luppé, multiplicaba las buenas palabras. Funcionaba como capellán católico, pastor protestante y oficial de propaganda nacional-socialista.
Los franceses miraban con cierta curiosidad y algo de desprecio a los otros «pensionistas» del campo de Wildflecken. Se trataba, sobre todo, de oficiales de la Wehrmacht a los que se consideraba poco seguros, política y moralmente, y que realizaban un curso de reeducación bajo los ladridos de algunos suboficiales. A veces una patrulla de la Feldgendarmerie venía a buscar a uno de ellos. Muchos eran antiguos «rebotados» de los Kommandanturen de la Francia ocupada. Un oficial alemán tuvo esta frase sobre ellos; «¡Han sido vencidos por las mujeres francesas! ¡Hermoso ejemplo de la eficacia resistente de la *colaboración horizontal*¡»
Los voluntarios franceses descubrían con sorpresa que algunos alemanes soñaban mucho menos que ellos con batirse. Pero la población civil de los alrededores del campo reservaba, por el contrario, su mejor acogida a aquellos muchachos llegados de tan

lejos «para luchar contra el bolchevismo». Algunos grupos que volvían de largas patrullas en esquí o incluso a caballo fueron recibidos en las granjas como si fueran hijos de la casa. En esta región se conservaba el sentimiento de una ruda hospitalidad. Y en
Wildflecken todo el mundo se moría de hambre, tanto los oficiales como los soldados rasos.

Más de siete mil hombres.

Así transcurrió el invierno para la tropa, mientras que los cuadros sufrían, también ellos, una seria «renovación».
Mientras que el Oberführer Puaud no pensaba más que en sus estrellas de general de brigada y parecía más preocupado por la cantidad que por la calidad de lo referente a los efectivos de la Carlomagno, el «general-inspector» Krukenberg intentaba poner un poco de orden en esta tropa formada de acá y de allá y que superó muy pronto los siete mil hombres.
El Brigadeführer(33) Krukenberg era un viejo prusiano que andaba cerca de los sesenta; una media docena de años pasados en París antes de la guerra, ocupándose de negocios, lo hablan familiarizado un poco con los franceses. Muy autoritario, aunque más diplomático de lo que parecía, se esforzó ante todo en despedir a algunos indeseables por su ineptitud física o por su mal espíritu. Y decidió despolitizar al máximo la unidad.
Para él, la Waffen SS francesa tenía que convertirse en una tropa capaz de batirse y no en un coto cerrado para las intrigas, los celos y las rivalidades. Así, tomó la iniciativa de apartar a Joseph Darnand, que ante la noticia acudió con uniforme de Sturmbannführer y que tuvo que contentarse con una aparición relámpago, puramente honorífica. Incluso apartó a otro Sturmbannführer ...llamado Jacques Doriot. El Sturmbannführer Gamory-Dubourdeaux, por su parte, partió para Berlín para ocupar allí un puesto administrativo, y el comandante Bridoux, veterano de la LVF, desapareció de Wildflecken tras una visita de su padre, el general ministro de la Guerra del gobierno de Vichy, exiliado en Sigmariagen. Incluso un valeroso combatiente de la primera hora, como el Hauptsturmführer Cance, herido tres veces en Galitzia, fue destacado lejos de la nueva unidad y marchó como instructor hacia la escuela, en parte francófoba, de Neweklau, homologa de Bad Tölz, donde se formaban los cuadros franceses y valones de la Waffen SS.

Casi el único que quedaba de los veteranos de Galitzia era el Obersturmführer Fenet; al mismo tiempo que mandaba un batallón supervisaba la instrucción y trataba de aportarle el espíritu de la SS Sturmbrigade. Disuadió a Puaud de su intención de poner en pie un tercer regimiento e insistió sobre la necesidad de asegurar cuidadosamente el encuadramiento y el entrenamiento de sus hombres.
Krukenberg propuso, por su parte, a cierto número de oficiales para el curso de jefes de batallón y aconsejó encuadrar a las secciones y a las compañías de la Carlomagno con nuevos mandos. Eligió a muchachos muy jóvenes para enviarlos a Neweklau.
Luego, encaminó a los suboficiales y a los especialistas a las escuelas. Algunos de ellos no habrán regresado aún cuando la unidad acuda al frente...
Así, los artilleros partieron para Josefstadt, los gastadores para Beneschau-Pikowitz, los cazadores de tanques para Janowitz-Beneschau, los de transmisiones para Sterzing-Vitipeno, en el Tirol, los artilleros antiaéreos para Munich, los jinetes para Gottingen, los intérpretes para Oranienburg, los mecánicos para Berlín, los enfermeros para Stettin... En cuanto a los secretarios y ayudantes de compañía, se dirigieron a Breslau, donde, con ocasión del asalto ruso a la ciudad, debían ser los primeros combatientes de la Carlomagno que recibieron el bautismo de fuego...

La división "Carlomagno".

La Waffen-Grenadier *Brigada der SS-Carlomagno* (que sólo se convertiría en división en el momento de su partida hacia el frente) comprendía a comienzos de 1945 un estado mayor francés, una «inspección» alemana, dos regimientos de infantería, un grupo de artillería, un batallón de cazadores de tanques y unidades de la división.
El Oberführer Puaud tenía como jefe de estado mayor al Sturmbannführer de Vaugelas, que venía de la Milicia. En cuanto al Brigadeführer Krukenberg, designó como responsable de la instrucción al Standartenführer Zimmermann, veterano, como él mismo, de las tropas de montaña de la Waffen SS en Yugoslavia.
El Waffen-Grenadier Regiment der SS 57, que perpetuaba las tradiciones de la SS Sturmbrigade, estaba al mando del Hauptsturmführer de Bourmont. Como jefes de batallón tenía al

Obersturmführer Fenet en el 1/57 y al Hauptsturmführer Obitz en el II/57. El Waffen-Grenadier Regiment der SS 58, que representaba la continuación de la LVF, estaba al mando del Sturmbannführer Raybaud y, como jefes de batallón, el Hauptsturmführer Monneuse en el I/58 y el Hauptsturmführer Berret en el II/58.
Cada uno de los dos regimientos contaba con una compañía de estado mayor (con una sección de mando, una sección de exploradores, una sección de gastadores y una sección de transmisiones), una compañía de cazadores de tanques (con una sección de cañones Pak de 50, una sección de Panzerschreck (34) y una sección de Panzerfaust (35) y una compañía de cañones de infantería (con una sección de mando, una sección pesada de dos obuses de 150 y tres secciones ligeras, cada una de dos obuses cortos de 75). El grueso de las fuerzas de cada uno de los dos regimientos estaba constituido por sus dos batallones de infantería, que comprendía cada uno tres compañías de ciento cincuenta hombres, repartidos en tres secciones de combate, y una compañía pesada de cerca de doscientos hombres, con ocho morteros de 80 y doce ametralladoras pesadas.
La Carlomagno, además de los dos regimientos de infantería poseía un batallón de cazadores de tanques (Panzerjägerabteilung der SS 57). Puesto a las órdenes del Sturmbannführer Boudet-Gheusi, estaba formado por una compañía pesada de cañones antitanques de 75, y una compañía antiaérea de nueve piezas de 37. La compañía de cañones de asalto, la de tanques ligeros y la de tanques pesados sólo existían, sin embargo, sobre el papel...
La cuarta unidad de la futura división era el grupo de artillería (Waffen-Artillerie Abteilung der SS 57). Reunía tres baterías de combate, cada una con cuatro piezas de 105, y se encontraba puesta al mando del Hauptsturmführer Havette, asistido por el Hauptsturmführer Martin, hijo de un almirante.
Las unidades divisionarias de la Carlomagno eran esencialmente una compañía de estado mayor, una compañía de transmisiones, una compañía de gastadores, una compañía sanitaria, una compañía veterinaria, una compañía-taller, una compañía de trabajadores, un sección de gendarmería y dos columnas de aprovisionamiento.
Los medios de fuego parecían bastante considerables, pero cuando la Carlomagno entre en acción en el frente de Pomerania le faltarán las doce piezas de 105 de su artillería, sus catorce tanques ligeros y sus diez tanques pesados «Tigre».

Mientras los rusos avanzaban hacia el curso superior del Oder, Budapest caía el 13 de febrero de 1945. La brigada francesa se convirtió en división y recibió el número 33 en el orden numérico de las divisiones de la Waffen SS. Ese número era el de una unidad de caballería húngara que acababa de ser aniquilada en los combates de Budapest.
Con una instrucción muy sumaria, un encuadramiento desigual y una carencia total de armas pesadas, la 33.ª Waffen Grenadier División der SS Carlomagno comenzó a embarcarse en la estación de Wildflecken a partir del 17 de febrero de 1945.
¿Hacia qué frente se dirigía en esta fortaleza asediada?
Los convoyes se encaminaron hacia el norte. Una terrible batalla tenía lugar en la costa báltica, entre el Vístula y el Oder.
Ahora podemos revelar, en las páginas que siguen, lo que fueron exactamente los combates de los Waffen SS franceses de la Carlomagno gracias, entre otras cosas, al testimonio de uno de sus jefes, Henri Fenet.
Descargado bastante pronto de la condena pronunciada contra él, Henri Fenet nos ha permitido, en efecto, leer y citar el texto de sus Memorias, no publicadas hasta ahora.
Ni George Blond en La Agonía de Alemania, ni Cornelius Ryan en La Batalla de Berlín mencionan para nada estos combates de la Carlomagno, y Delperrie de Bayac, en su Historia de la Milicia se contenta con señalar en una frase que los voluntarios franceses «van a participar con bravura en la última batalla» de Berlín.
Saint-Loup, bastante bien informado, ha novelado esos combates en Los herejes, pero el relato que sigue —en especial el de ese extraordinario episodio que es la defensa del bunker de Hitler por los Waffen SS franceses—, es la primera exposición histórica de todo ello.

A punto de estallar la tenaza rusa.

La gasolina escaseaba en el Reich y los Waffen SS franceses de la nueva división llegaron en ferrocarril a la zona de combate, en los límites de Pomerania y de Prusia occidental.
Los primeros voluntarios que murieron fueron víctimas de un bombardeo aéreo, mientras llegaban en uno de los numerosos convoyes a la aldea de Hammerstein.
Allí debía realizarse el reagrupamiento de la división, sobre todo, su aprovisionamiento de armas pesadas. Se había previsto toda una

semana para esta última preparación al combate. Pero el avance ruso fue más rápido.
El 57.º regimiento (de Bourmont) estaba ya en Hammerstein desde el 22 de febrero, y el 58.º (Raybaud) comenzó a desembarcar en las primeras horas del 25. Pero los rusos aparecieron casi al mismo tiempo y los franceses quedaron cogidos en la tenaza, en medio de un frío glacial. El frente acababa de hundirse una vez más.
Se lanzaron inmediatamente dos batallones al encuentro de los rusos. Tenían que esforzarse por contener la ofensiva sin el menor apoyo de artillería ni de tanques.
El plan de batalla, improvisado a toda prisa, consistía en cubrir la carretera de Landeck a Könitz, a unos veinte kilómetros al sudeste de Hammerstein. El batallón Fenet tenía como objetivo el pueblo de Heinrichwalde y el batallón Obitz el de Barkenfelde. Tenían que apoyarse sobre dos unidades: la 32.ª división de la Wehrmacht a la izquierda y la 15ª división SS letona a la derecha. Pero esas unidades ya no existían...
El Hauptsturmführer de Bourmont instaló el PC del 57.º regimiento en Bärenwalde, un poco en la retaguardia. Tenía consigo a su adjunto, el Obersturmführer Artus, un veterano de la SS Sturmbrigade.
Ya no se podía hablar de «línea de frente» y los tanques soviéticos recorrían la campiña, seguidos por grupos de infantería. En todas partes, tiradores escogidos rusos acechaban a los franceses. Una docena de hombres fueron alcanzados en seguida sin ver siquiera a sus adversarios.
Así, los primeros elementos de la división Carlomagno entablaron combate en las peores condiciones.
El armamento pesado era insuficiente y el frente ya no existía...
Mientras que Obitz llegaba a ocupar mal que bien Barkenfelde, Fenet se encontró con que los rusos ya habían tomado Heinrichwalde. Dio la orden de asalto pero, ante la amenaza de un cerco, tuvo que replegarse tras la toma del pueblo y llegar al PC del regimiento. Obitz se vio obligado también a retirarse.
Ya había parecido un milagro haber podido reunir en Bärenwalde el grueso de los dos batallones en esa noche del 25 al 26 de febrero. Cada una de las compañías de combate había pagado un caro tributo al enemigo.
Herido por una bala en plena frente, uno de los comandantes de compañía, el Untersturmführer Counil, había caído a la cabeza de los hombres que había llevado al asalto.

Al ocupar Barkenfelde, el batallón Obitz había chocado con las vanguardias de las quince divisiones y de los tres cuerpos blindados que se lanzaban hacia el Báltico, mientras que el batallón Fenet, al atacar Heinrichwalde, había pretendido detener a diez divisiones y a dos cuerpos blindados que avanzaban hacia la desembocadura del Oder. ¡Los franceses entraron así en acción precisamente en el punto de unión de la tenaza rusa en Pomerania! Y la división Carlomagno ni siquiera había podido reagruparse para tomar parte en el combate.
De Bourmont trató de establecer un «erizo» hacia el sur.
Pero los Waffen SS franceses no disponían de ningún armamento antitanque y tuvieron que replegarse, abandonando Bärenwalde en busca de una nueva línea de resistencia, a lo largo del ferrocarril y cerca de la estación de Bärenhutte.

Uno contra diez.

El 26 de febrero, al final de la mañana, el batallón Fenet, casi intacto, había conseguido escapar a la tenaza roja y seguía su ruta hacia Hammerstein, de acuerdo con las órdenes que había recibido de un correo a caballo: el Obersturmführer de Londaize. El batallón Monneuse estaba instalado en el paso a nivel de Bärenhütte, donde había recibido el refuerzo de una parte de la artillería divisionaria. El batallón Obitz, el más maltrecho, había sido dislocado completamente y sus compañías luchaban cada una por su cuenta, tratando de escapar al cerco y batiéndose sus hombres en la proporción de uno contra diez.
El Brigadeführer Krukenberg decidió entonces instalar el PC de la división en el castillo de Elsenau, algo más al norte. En cuanto al Oberführer Puaud, tan arriesgado como ambicioso, se conducía como lugarteniente y pretendía evidentemente hacerse matar, exponiéndose en todos los lugares donde silbaban las balas y los obuses.
Llegó un cuarto de batallón de refuerzo, el del Hauptsturmführer Berret, un veterano de la LVF, que llevaba a sus hombres a marchas forzadas desde Hammerstein, donde acababan de desembarcar de un nuevo convoy.
Todas las compañías de los regimientos Raybaud y de Bourmont se encontraban ahora más o menos mezcladas en la nueva línea de defensa, mientras que Krukenberg estaba rodeado por la compañía de honor del Obersturmführer Weber, una de las mejores equipadas con Panzerfaust.

Los rusos lanzaron un nuevo ataque el día 26 de febrero, a las 12,30 horas. Dos brigadas de tanques y cuatro divisiones de infantería se lanzaron sobre las posiciones defendidas por los restos de los dos regimientos franceses. Los hombres de la Pak consiguieron poner fuera de combate a algunos «T 34» soviéticos, pero aparecían por todas partes, seguidos por una verdadera marea humana de infantes. Las pérdidas francesas fueron también muy graves, y entre los muertos se contó el Obersturmführer Artus, uno de los supervivientes de la SS Sturmbrigade.

Los escasos cañones de la Pak se esforzaban por tener a raya el avance de los «T 34» mientras que las piezas de campaña abrían sangrientas brechas en la infantería rusa.

El Hauptsturmführer Roy, que mandaba la artillería de la división, consiguió salvar la situación. Pero los asaltantes eran demasiado numerosos y, a partir de las 15 horas, la resistencia de los franceses se debilitaba. El paso a nivel de Bärenhütte no tardó en ser forzado por los rusos, que se metieron por esa brecha.

La división Carlomagno, con tan duros golpes, había volado en pedazos. Un grupo resistía aún firmemente en el pueblo de Bärenhütte, donde se había hecho fuerte. Alrededor de tres mil hombres se encontraban cercados con el Oberführer Puaud. Entre los oficiales se hallaban, en especial, con él, Berret, Raybaud, Monneuse y Roy.

De Bourmont, por su parte, se replegaba hacia el norte, intentando llegar a Elsenau, donde estaban el Brigadeführer Krukenberg, la compañía de honor de Weber y gran número de soldados aislados.

Por otra parte, había soldados aislados en todas partes.

Al azar del combate, los voluntarios franceses cercados por los avances rusos se hablan aglutinado en las compañías o secciones que habían podido encontrar.

Los tanques soviéticos fueron bloqueados ante Elsenau por los jóvenes voluntarios de la compañía de honor que, a finales de la tarde, habían inscrito en su balance dieciocho tanques soviéticos, entre ellos un «Stalin». Otros catorce habían sido destruidos también por la artillería. Oficiales como el Obersturmführer Fatin habían participado en numerosos contraataques.

Pero la infantería rusa llegaba en oleadas sucesivas —como un bosque en marcha—. Se peleó encarnizadamente en todas partes, e incluso en el cementerio de Elsenau. Tras una feroz resistencia, los Waffen SS franceses tuvieron que retirarse hacia el norte; a favor de la

noche, los supervivientes consiguieron romper el cerco. La compañía de honor, por sí sola, había perdido un cuarto de sus efectivos.

Cincuenta tanques rusos destruidos.

Los rusos no pretendieron de inmediato apoderarse de la posición «erizo» de Puaud, Raybaud y Berret, donde cerca de tres mil hombres vetan cómo se desplegaba hacia el norte y el Báltico el avance soviético. Por la noche, los franceses consiguieron replegarse sobre Hammerstein, donde encontraron al batallón Fenet.

Todos recibieron la orden de proseguir hacia Neustettin.

El mismo día, 27 de febrero, al final de la tarde, Hammerstein iba a ser ocupado por los rusos...

La primera batalla había costado muy cara a la división Carlomagno. Cerca de cinco mil hombres habían entrado en acción y ya se contaba con quinientos muertos y mil desaparecidos. Los heridos eran muy numerosos y todos los combatientes se encontraban agotados. Pero los voluntarios franceses habían destruido unos cincuenta tanques e inflingido pérdidas muy serias a la infantería soviética.

El combate continuaba.

Los tres mil supervivientes de la Carlomagno llegaron a Neustettin, situado a unos veinte kilómetros al oeste de Hammerstein. Allí se encontraron con la sorpresa de un nuevo convoy de refuerzos a las órdenes del Obersturmführer Bassompierre. Con él, la Flak del Untersturmführer Fayard y nuevas piezas de artillería.

El 28 de febrero, por la noche, salieron a pie en dirección a Belgard, donde la división tenía que reorganizarse.

Pero las últimas unidades que partían fueron requisadas a toda prisa para constituir un batallón de marcha, a las órdenes del Obersturmführer Auphan, oficial de ordenanza en la división. Trescientos franceses consiguieron resistir más de doce horas en Neustettin y contener el avance soviético. Los que pudieron escapar de la Flak abandonaron los últimos la estación, tomada por los rusos, huyendo en una máquina.

El grueso de la división, llegado a Bad Polzin, subió hacia el norte. Orden de marcha. Kolberg y el Báltico.

En veinticuatro horas los supervivientes de la Carlomagno tuvieron que recorrer ochenta kilómetros en una carretera atestada de refugiados civiles. Hacía un frío espantoso, con ráfagas de viento y de nieve. Los Waffen SS avanzaban entre el resplandor de los incendios.

Llegaron a Belgard, donde se les unió un nuevo batallón de refuerzo, llegado del depósito de Greifenberg bajo las órdenes del oficial de enlace alemán Zimmermann.
Les esperaba otra sorpresa: el Brigadeführer Krukenberg había conseguido escapar, en un coche ligero, de las manos de los rusos en el sector de Köslin, habiendo pasado entre los «T 34».
Krukenberg tomó en seguida contacto con Puaud y lo decidió a formar un regimiento de marcha y un regimiento de reserva. Se trataba de recuperar el control de los hombres agotados y constituir nuevas y sólidas unidades de combate.
La nueva distribución de los efectivos se hizo en la tarde del 2 de marzo. El Sturmbannführer Raybaud fue encargado de asumir el mando del regimiento de reserva, compuesto por dos batallones mandados por Monneuse y Berret.
El regimiento de marcha comprendía dos batallones de seiscientos hombres cada uno, el primero a las órdenes de Bassompierre y el segundo a las de Fenet. Cada uno disponía de cuatro compañías de combate, una de ellas una compañía pesada de morteros y de cañones de infantería.
En la noche del 3 al 4 de marzo, los Waffen SS franceses del regimiento de marcha se pusieron a la defensiva. El frío seguía siendo muy intenso y las vanguardias rusas merodeaban por doquier.

A cuchilladas.

De Bourmont, Krukenberg y Puaud organizaron la defensa de Körlin con los batallones Monneuse y Berret, del regimiento de reserva.
Al ganar sus posiciones, algunas unidades francesas se vieron cortadas de su división y tuvieron que pelear con los primeros soldados que encontraron. Así, una sección se encontrará con los Waffen SS holandeses y, con ellos, se mezclará en plena noche una patrulla soviética, de la que tuvieron que librarse a cuchilladas.
Se esperaba a los rusos por el este, pero atacaron por el sur. Había comenzado el cerco. Los enlaces se hicieron imposibles muy pronto, por culpa de la falta de radios.
Los franceses se encontraban en las proximidades del río Persante, pero no conseguían orientarse pues hacia mucho tiempo que ya no existía el frente. Una espantosa confusión reinaba en esta Pomerania en fuego; todo estaba mezclado, las carretas de los refugiados civiles y los tanques soviéticos. Por todas partes se veían soldados rusos y

soldados alemanes, vencedores y vencidos enredados en un mismo torrente que se precipitaba hacia el Báltico, distante unos treinta kilómetros.
El regimiento de reserva, al mando de de Bourmont, tenia que defender un frente de veintidós kilómetros al nordeste de Körlin, mientras que el regimiento de marcha, a las órdenes de Raybaud, tenia la misión más dura: defender a la propia localidad; Bassompierre de cara al este y Fenet de cara al oeste, en la carretera de Belgard. Pero los tanques rusos atacaron por el sur...
Muy pronto las pérdidas fueron enormes y el Sturmbannführer Raybaud cayó gravemente herido, rotas ambas caderas por un obús de «T 34».
El batallón Fenet, Instalado en Redlin, quedó envuelto rápidamente, pero contraatacó y consiguió rechazar a los rusos y restablecer el enlace con el resto de la división.
Los franceses se encontraban ya cortados del mar; tuvieron que cambiar por completo su dispositivo y tratar de penetrar hacia el sur, en dirección a Belgard, donde quizá resistían algunos elementos de la Wehrmacht.
Krukenberg dio sus órdenes para esta penetración, que era lo único que permitía escapar a la captura o a la muerte.
A la cabeza, el estado mayor de la división con de Vaugelas y el batallón de marcha Fenet. Después, el regimiento de reserva con de Bourmont. Por último, el batallón de marcha Bassompierre en la retaguardia. Puaud quiso quedarse con este último para cubrir la retirada.
La larga marcha se reanudó en la noche del 5 al 6 de marzo. Krukenberg se encontraba con la vanguardia, al lado de Fenet. Llegaron a Belgard. El centro de la ciudad había cambiado varias veces de manos en el curso del día. El general-inspector y el jefe del 1er batallón de marcha decidieron actuar lo más rápidamente posible y penetrar hacia el Oder.
Pero, a sus espaldas, el resto de la división Carlomagno no conseguía seguirlos. Puaud se habla empeñado en resistir veinticuatro horas más en Körlin, por una especie de bravata de las que acostumbraba. Luego salió con el regimiento de reserva de Bourmont. Tras haber atravesado Belgard, quisieron continuar su marcha forzada hacia el sur. Los blindados rusos se encontraban en todas partes.
Dejando a un lado los bosques, los franceses se metieron en las vastas praderas, creyéndose protegidos por la noche y la niebla. Pero

el alba dispersó las nubes y fueron localizados en seguida, totalmente al descubierto...
Hubo una terrible matanza en la llanura de Belgard. Los tanques y morteros rusos disparaban sin cesar sobre los grupitos de supervivientes que no encontraban nada para protegerse. Hacia las 10 de la mañana, el 6 de marzo, se contaban cientos de muertos y heridos, de los que muchos fueron rematados por los rusos.
El Oberführer Puaud, herido en una pierna, desapareció en la tormenta, así como el Hauptsturmführer de Bourmont.
El regimiento de reserva de la división Carlomagno había sido aniquilado completamente.

En lo hondo de los bosques.

El segundo batallón de marcha, el de Bassompierre, se había quedado de retaguardia en Körlin. A finales de la tarde del 5 de marzo tenía aún en su poder el pueblo, pero se encontraba completamente rodeado. No quedaban más que medio millar de hombres. En la noche del 6 de marzo Bassompierre trató por fin de escapar, pero descendió, como Puaud y Bourmont, hacia el sur, siguiendo la vía férrea Körlin-Belgard. Durante toda la jornada el Oberscharführer (36) Walter, comandante de compañía a los veintitrés años, y excombatiente del frente ruso desde el invierno de 1941, había contraatacado a la cabeza de sus hombres.
Inmediatamente después de haber abandonado Körlin, Bassompierre chocó con una fuerte resistencia, y sus compañías se vieron dispersadas rápidamente, tras unas quince escaramuzas con los rusos, en el curso de las cuales se hizo notar la bravura y la abundancia de recursos de numerosos suboficiales de la LVF, particularmente aguerridos por años de combate.
Los supervivientes conocerían la misma suerte que sus camaradas del regimiento de marcha: la aniquilación o la captura.
Grupitos aislados consiguieron subsistir durante días e incluso durante semanas detrás de las líneas rusas, aprovisionados por civiles o por soldados alemanes tan perdidos como ellos. Escondidos en chozas en lo más hondo de los bosques, esperaban un imposible cambio de la situación.
Muchos tenían los pies o las manos helados. Algunos se suicidaron, otros desaparecieron para siempre. Como Bassompierre, capturado el

17 de marzo, la mayoría fueron hechos prisioneros por los rusos o por sus aliados polacos.
De la división Carlomagno sólo quedaba, el día 6 de marzo de 1945, el batallón Fenet, que pretendía penetrar hacia el oeste, el Ersatzbataillon constituido en Dantzig con los que habían logrado escapar al infierno del primer combate, un batallón de refuerzo aislado en Kolberg y unidades de depósito y de instrucción en Wildflecken.
La mayoría de los voluntarios de la división Carlomagno había demostrado un excelente comportamiento en la lucha, pese a las condiciones dramáticas en las que la unidad francesa entró en acción.
Lo que resulta extraordinario es que aquellos muchachos jovencísimos, mal entrenados, con frecuencia mal mandados y, sobre todo, mal apoyados, consiguieran hacer frente a los rusos y no derrumbarse ante el primer encuentro. Su "bautismo de fuego había sido terrible y ninguna tropa más aguerrida hubiera podido demostrar igual espíritu de sacrificio y de valor.
Habían acudido voluntariamente a la Waffen SS para vengar la afrenta de 1940, desafiando a la opinión pública para permanecer fieles a sí mismos y al ideal que habían elegido libremente.
Habían querido ser «soldados políticos» y los muertos desconocidos de la llanura de Belgard se habían mostrado dignos de sus mayores súper entrenados del 1er batallón.

Cruz de hierro de primera clase.

Con el Brigadeführer Krukenberg, el Obersturmführer Fenet intentó la penetración hacia el oeste con su batallón de marcha, compuesto por medio millar de hombres.
Salieron a pie, tras haber abandonado todo el material pesado y sus últimos vehículos.
«Hay que salvar ante todo a los hombres», repetía Krukenberg.
No tenían más que sus armas ligeras, municiones, y algunas provisiones en el fondo de sus bolsillos. Avanzando al abrigo de los bosques consiguieron escapar a la trampa de Belgard. La marcha a través del avance ruso fue muy peligrosa, pero consiguieron pasar.
El prusiano y el francés eran hombres de extraordinaria tenacidad y soldados de gran categoría. Marcharon setenta y dos horas para llegar a Meseritz, donde se encontraban losa restos de varias divisiones alemanas. Quedaban unos diez mil hombres de todo un cuerpo de ejército...

Los franceses fueron alcanzados entonces por algunos supervivientes de la Carlomagno, escapados del infierno de Belgard. Un grupo de doscientos voluntarios habla conseguido una difícil penetración a las órdenes de Laune, un ex oficial de la marina mercante.
El Obersturmführer Fenet fue condecorado con la cruz de hierro de primera clase y reorganizó cuatro compañías, de unos doscientos hombres cada una, para continuar la lucha.
No había que pensar en pararse en Meseritz ni en llegar a Greifenberg, el depósito de la división, que se encontraba ya en manos de los rusos. La única solución consistía en llegar a la costa báltica.
El Hauptsturmführer alemán del estado mayor de enlace, Jauss, asumió las funciones de oficial-orientador y marchó con Fenet en la vanguardia. Había que franquear el Rega.
El primer puente que encontraron estaba guardado por dos «T 34» y tuvieron que reanudar la marcha hacia el norte.
Por fin llegaron al mar. Una parte del batallón se instaló en Hortz, un puerto de pesca, y otra en Rewahl, una estación balnearia...
Pero los rusos los habían precedido en la costa y les cortaban el camino del oeste. Una vez más, los Waffen SS franceses se encontraban cercados.
Sin cesar continuaban llegando a Hortz y a Rewahl convoyes de refugiados, soldados y civiles, todos mezclados. Entre ellos, algunos combatientes aislados de la división Carlomagno que habían conseguido pasar entre las columnas rusas.
El 9 de marzo, se hizo indispensable abandonar Rewahl e intentar una nueva penetración hacia el oeste. Entonces se mezclaron con los voluntarios franceses algunos refugiados alemanes.
¡Extraña columna! Saint-Loup escribe:

Se diría ahora una horda de vikingos en marcha hacía nuevos territorios de caza, o alguna tribu germánica alejada de los sombríos bosques por otra tribu más poderosa.
Un general SS dejado en la playa por un avión ligero acudió a ultimar con Krukenberg los detalles de la operación.
Los franceses se encargaron de la misión más dura: tenían que avanzar en vanguardia. El batallón Fenet fue fraccionado en dos grupos de combate que acompañaban cada uno a cinco mil refugiados.

"¡El Diablo se está aún riendo! ¡Ja, ja, ja¡".

El 9 de marzo, a medianoche, comenzó la marcha hacia la libertad. Los franceses avanzaban por la arena de la playa.
Por encima de ellos, los rusos dominaban los acantilados.
Ante la costa, dos navíos de guerra alemanes debían apoyar la operación con su fuego.
Cuando una costa baja sucedió a los acantilados hubo que abrirse camino a fuerza de morteros y fusiles.
Diez mil refugiados eran empujados hacia el oeste por los Waffen SS de la vanguardia, que se abrían un estrecho paso, cada vez con más dificultades, a lo largo de la ribera, y se encontraban obligados a veces a chapotear en el mar.
Tuvieron que enfrentarse duramente con las patrullas rusas que intentaban cerrarles el paso y formaban temibles tapones. Tan pronto como eran vendados, los heridos ocupaban de nuevo sus puestos de combate.
Al final de la noche, la cabeza de la columna tomó contacto por fin, en Dievenow, con los elementos alemanes venidos a su encuentro.
Mientras que los hombres del batallón de marcha habían seguido la playa, un convoy de heridos avanzaba por la carretera costera protegido por un puñado de voluntarios que arrastraban las piezas de artillería y que tuvieron que entablar varios combates para abrirse paso.
Por último, todos los escapados franquearon un puente de barcazas sobre el Oder. Habían conseguido romper el cerco.
Al día siguiente, el comunicado del gran cuartel general señaló la parte que habían tenido los Waffen SS franceses de la división Carlomagno en la evacuación de los civiles.
Al dejar Swinemünde, los franceses quisieron repetir el paso rítmico de la Waffen SS y entonar su canto de marcha:

Wo wir sind das ist immer vorne
Und der Teufel der lacht noch dazu: Ha! ha! ha!

«Allá donde estamos, es siempre adelante
Y el Diablo se está riendo aún: ¡ja, ja, ja! »

Un general alemán se encontraba allí. Desconcertado por semejante espectáculo, preguntó a uno de los oficiales alemanes del estado mayor de la división Zimmermann:

—"¿Qué tropa es esa?

—Son los franceses de la 33° Waffen-Grenadier División der SS Carlomagno.

—Pues bien —concluyó el general—, es la primera vez desde hace mucho tiempo que veo desfilar a hombres que todavía parecen soldados.»

Seiscientos voluntarios de la Carlomagno procedentes de Greifenberg habían conseguido, entre tanto, llegar a Kolberg, en el mar Báltico. Estaban al mando del Obersturmführer Ludwig, un alemán, y del Untersturmführer Bueler, un suizo. El hijo del almirante Platón, ministro de Vichy, se encontraba con ellos.
Cincuenta mil refugiados civiles y numerosos soldados alemanes heridos, repartidos a bordo de una veintena de trenes, esperaban ser evacuados por mar, lejos de la ciudad, rápidamente cercada.
Para proteger dicha evacuación se formaron diversas unidades Improvisadas, entre ellas una potente compañía de marcha de voluntarios franceses. Colocada en el centro del dispositivo sufrió desde los primeros días una intensa rociada de morteros pesados y presentó combate a los rusos y a los polacos, que avanzaban al abrigo de sus lanzallamas.
Los soviéticos, en francés y con ayuda de altavoces, invitaban a los hombres a rendirse.
El 20 de marzo, dos grupos de combate consiguieron llevar adelante un contraataque en el cementerio, cerca de la fábrica de gas, a costa de graves pérdidas.
La defensa de la ciudad prosiguió hasta el 18 de marzo y la compañía francesa recibió entonces órdenes de retirarse para llegar hasta el puerto de embarque. Sólo quedaban unos treinta Waffen SS franceses, que formaron la retaguardia bajo el mando de Ludwig.
Doscientos hombres de la Carlomagno hablan sido reunidos y desarmados en el Casino. Agotados y desmoralizados, siguieron a dos oficiales que les invitaban a abandonar la lucha. Sin embargo, algunos

de ellos aceptaron formar una sección de refuerzo voluntaria que se hizo aniquilar rápidamente por los «órganos de Stalin».
Los supervivientes contraatacaron hasta la noche y por fin pudieron embarcarse. Posteriormente desembarcarían en Swinemünde.

"Murieron" por Dantzig.

Con ocasión de los combates de Bärenwalde y Elsenau, una parte de la división Carlomagno había sido separada del grueso de la tropa y no pudo participar en el reagrupamiento en Neustettin. Unos cientos de voluntarios franceses se vieron así lanzados hacia el nordeste y se encontraron encerrados en la «bolsa» de Dantzig, rodeada rápidamente por los avances rusos.
Con el Obersturmführer Fatin y el Hauptsturmführer Obitz, que consiguió agrupar a trescientos hombres de su batallón (el II/57), se encontraron en Schlawe, donde consiguió reunírseles un convoy a las órdenes del Hauptsturmführer Martín, que traía de Josefstadt unos cien artilleros. Esos artilleros regresaban de un curso en Bohemia y no habían estado presentes en la Carlomagno durante los últimos combates.
El 4 de marzo, los hombres de Schlaw se enteraron de que estaban completamente rodeados. Obitz tomó el mando del medio millar de hombres que había conseguido congregar y se puso a las órdenes de un Kampfgruppe de la 4ª SS Polizei División, que lo dirigió hacia Neustadt.
Los Waffen SS franceses pudieron trasladarse allí en tren, pero éste sufrió un intenso bombardeo. Hubo que lamentar cincuenta muertos y sesenta heridos, (entre ellos el propio Obitz), de consideración.
Los supervivientes llegaron a Neustadt el 6 de marzo por la tarde y formaron de inmediato un batallón de marcha con tres compañías de combate; Martín tomó el mando y eligió a Fatin como adjunto. Los dos oficiales se dirigieron al día siguiente a Dantzig para tomar contacto con un estado mayor Waffen SS.
Durante ese tiempo, las tres compañías fueron atacadas por una incursión de tanques rusos y sufrieron nuevas bajas.
Un tercio de los efectivos quedó fuera de combate y hubo que retirarse en una marcha nocturna.
El 20 de marzo, el destacamento Martín recibió el título de SS Erzatzbataillon y subió a tercera línea, en la región de Gotenhafen.

Las tropas que defendían la bolsa de Dantzig comprendían no sólo alemanes, sino también húngaros, letones, holandeses e italianos.
Los franceses consiguieron detener una nueva penetración de tanques rusos que había arrollado las dos primeras líneas de resistencia y se comportaron valerosamente. Así, cierto número de voluntarios «murieron por Dantzig».
El Erzatzbataillon fue relevado el 1 de abril y transportado por mar hasta la península de Hela. Al día siguiente, los Waffen SS franceses embarcaron en un paquebot requisado con destino a Dinamarca y llegaron el 5 de abril a Copenhague.
Después de llegar a Swinemünde, el batallón Fenet —que representaba el último elemento coherente de la división Carlomagno— marchó hacia Anklan, siempre con el Brigadeführer Krukenberg.
Allí se encontraron con algunos elementos de la columna automóvil y de los servicios, que habían conseguido escapar de los tanques rusos. Así se recuperaron unos doscientos hombres y varios oficiales, entre ellos el Sturmbannführer Katzian y el Sturmbannführer Doudet-Gheusi.
El Obersturmführer Weber y algunos muchachos de la compañía de honor, que habían conseguido escapar a los rusos, se encontraban igualmente con ellos.
Al juntar a toda esa gente el Brigadeführer Krukenberg sólo disponía de setecientos hombres, algunos de los cuales estaban muy maltrechos después de semanas de duros combates.
Tras una entrega de cruces de hierro a los más valerosos, el 18 de marzo, los últimos elementos organizados de la división Carlomagno llegaron a la región de Neustrelitz, en el Mecklemburgo, donde el batallón Martín, escapado de la bolsa de Dantzig, no pudo reunírseles hasta el 10 de abril.
El 27 de marzo Krukenberg había publicado una orden del día en la cual declaraba especialmente: «La historia nos ha enseñado que después de una batalla no se debe acusar la fatiga, sino, por el contrario, concentrar todas las energías para nuevos combates. Vivimos un momento decisivo. Desde el instante en que hemos conquistado la estimación de la Waffen SS ningún soldado consciente de su honor puede abandonar nuestras filas.»
Todos esperaban refuerzos procedentes de Wildflecken, donde se encontraban más de quinientos voluntarios, entre ellos los escapados de Kolberg, a las órdenes del Sturmbannführer suizo Hersche (pero no

llegaron nunca y constituyeron el regimiento 59 de la Carlomagno, que combatió en el frente del Este).
Mil cien Waffen SS franceses se encontraban ahora en Neustrelitz, pues soldados aislados, heridos, hombres de los servicios, alumnos oficiales procedentes de Neweklau e incluso nuevos alistados voluntarios se habían unido a los supervivientes del batallón Fenet y del Erzatzbataillon Martin.
Se decidió, de acuerdo con el eterno método de la Waffen SS, proceder a una nueva selección, y luego la unidad tomó el nombre de regimiento Carlomagno.
Cuatrocientos hombres fatigados o desanimados formaron un batallón de trabajadores cuyo mando tomó el Haupsturmführer Roy, y cambiaron el fusil por la pala y el pico. Los otros renovaron por escrito su juramento de combatir hasta el fin.
Quedaron así setecientos. Krukenberg engrosó su estado mayor y confió el mando del regimiento al Standartenführer Zimmermann. Constituyó tres pequeños batallones: el 57, con Fenet, ascendido a Hauptsturmführer, el 58 con Jauss y una unidad pesada con Boudet-Gheusi. Cierto número de servicios del regimiento se reorganizaron también.
Transcurrieron quince días en medio de un extraño ambiente. Los rusos hablan cruzado el Oder y los americanos habían pasado el Rhin. Se pidió a los franceses que cavaran barreras antitanques, unas hacia el este y otras hacia el oeste... La Carlomagno formaba parte ya del último reducto.
Pero, ¿por qué no entraba en acción?
Un telegrama de la Cancillería ordenó al Brigadeführer Krukenberg que marchara a Berlín, que se encontraba amenazado, cogido en la tenaza formada por dos ejércitos rusos.
El general-inspector, el único a quien dicha orden concernía se decidió a llevarse consigo a los mejores elementos de la Waffen SS francesa para defender la capital del Reich y el bunker del Führer, hasta el final, dando a sus muchachos una última ocasión para respetar la divisa de la Waffen SS:

Mi honor se llama fidelidad.

Misión suicida en Berlín.

Se formó, pues, un pequeño batallón de marcha cuyo mando asumió el Hauptsturmführer Fenet. Este organizó cuatro compañías cuyo mando confió a Fatin, Labourdette, Michel y Rostaing. La compañía de honor de Weber fue designada también para Berlín. La compañía pesada de Boudet-Gheusi tenía que quedarse atrás.
Nadie podía ignorar que se trataba, al marchar hacia la capital, de una verdadera «misión suicida». Sin embargo, todos los hombres de las compañías de combate se presentaron voluntarios, e incluso demostraron una alegría exuberante.
El último batallón de la Waffen SS francesa montó en camiones en la madrugada del 24 de abril de 1945. Los blindados de Koniev se encontraban en Potsdam y los de Yukov en Oranienburg. La capital estaba bajo el fuego de la artillería de Ziulikine. Dentro de dos días los americanos y los soviéticos iban a reunirse junto al Elba, en Torgau.
¡En ruta hacia Berlín! Ocho camiones. Unos cuarenta voluntarios en cada camión. Los hombres cantaban canciones guerreras, graves como cánticos.
Al sur de Fürstenberg dos camiones se extraviaron y acabaron, sin gasolina, por desandar el camino y llegar a la base de retaguardia de Nuestrelitz. Fatin se encontraba con ellos, así como el abate Verney, capellán católico que habla seguido a la LVF y luego a la división Carlomagno en todos sus combates.
Los que llegaron a Berlín abandonaron sus camiones en el puente que franqueaba el Sakron Paretzer Kanal, y los voluntarios tuvieron que hacer a pie los últimos veinte kilómetros. Avanzaron, pesadamente cargados con Panzerfaust y Sturmgewehr (fusiles de asalto que podían disparar ráfagas o tiro tras tiro), que constituían lo esencial de su armamento.
Llegaron a los suburbios de Berlín durante la noche negra. Tras los cañones, se oían ahora las ametralladoras rusas.
Los Waffen SS del batallón Fenet se apresuraban, no para escapar a un cerco sino para lanzarse dentro de él. Su jefe contará después:

«Marchábamos obsesionados por el deseo de llegar pronto a la capital cercada, de no dejarnos cortar el camino de nuestro último combate, con todo nuestro ser y nuestras fuerzas orientados hacia esa meta que nos atraía con todo su poder: ¡Berlín! »

Fusilados por la 2.ª DB.

Mientras que el regimiento Carlomagno se había reconstruido en Neustrelitz, otra unidad de la Waffen SS francesa había conseguido reunirse mal que bien en el depósito de Wildflecken y llevaba el nombre de regimiento 59 (los 57 y 58 habían sido puestos fuera de combate en Pomerania).

El Obersturmbannführer Hersche, de origen suizo, había tomado el mando. Tenía a sus órdenes algo más de mil hombres, repartidos sobre todo en compañías de instrucción y de depósito, así como en los servicios.

En la noche del 30 al 31 de marzo la unidad abandonó Wildflecken.

Se formó a duras penas un batallón de marcha, con tres compañías, que fue dirigido por el Sturmbannführer Katzian, ex adjunto de Krukenberg; a él se añadieron un batallón de trabajadores con dos compañías y una compañía disciplinaria. A medida que se prolongaba su interminable marcha, los franceses menos deseosos de continuar el combate consiguieron ahogarse en la oleada de refugiados civiles y de prisioneros liberados que atestaba todas las carreteras alemanas, por las que muy pronto iban a circular los tanques americanos...

En cuanto a los hombres del batallón de marcha Katzian, acabaron llegando a Regensburg, a orillas del Danubio. Siempre voluntarios para luchar, se unieron a la 38º división SS Nibelung, formada a partir de los depósitos de Alemania del Sur y encuadrada por los oficiales de la SS Junkerschule de Bad Tölz. Esta división comprendía numerosos Waffen SS extranjeros, especialmente holandeses y escandinavos. Entró en acción junto con los restos de las divisiones Goetz von Berlichingen y Lutzow y trató de contener el avance de los americanos, con la energía de la desesperación.

Tras los combates defensivos del 29 de abril de 1945, en defensa de los puentes del Amper y del Isar en Moosbug, los supervivientes del 58º regimiento llegaron a la Alta Baviera.

La 2ª DB del general Leclerc, uno de los primeros oficiales que se unió a la Francia Libre, ocupaba entonces la ciudad de Bad Reichenhall, donde había relevado a unidades americanas. Estas entregaron en manos de la 2ª DB a sus prisioneros, entre ellos una docena de Waffen SS franceses, algunos de los cuales salían del hospital.

Tras una conversación telefónica con el general Leclerc, un oficial de estado mayor decidió fusilarlos sin más juicio. Eran once o doce, todos los cuales no pudieron ser identificados. Entre ellos, el Obersturmführer Serge Krotoff, el Untersturmführer Briffault y el Hauptscharführer Doffat. Fueron ejecutados instantes antes del final

oficial de la guerra, el 8 de mayo de 1945, a las 17 horas, en el lugar denominado Kugelbach.

Con las SS escandinavas y las Juventudes hitlerianas.

Al llegar a Berlín, los trescientos voluntarios del batallón Fenet hablan hecho alto bajo los pinos del bosque de Grünewald. Su último descanso antes de la hoguera.
En la madrugada del 24 de abril, el Brigadeführer Krukenberg salió hacia la Cancillería, de donde sólo regresó al mediodía. El bloqueo de la capital era ya total, pero el avance soviético estaba contenido en los suburbios, salvo en el barrio de Neukölln, en el sudeste. Allí se encontraba el sector más amenazado y se envió a los franceses, reconocidos ya como combatientes escogidos.
Krukenberg acababa de recibir el mando de la división Nordland, a la que se encontraba unida la Carlomagno como batallón autónomo.
La Nordland, 11ª división de la Waffen SS, había sido constituida a finales de 1942 con voluntarios daneses, noruegos, finlandeses, suecos, holandeses y flamencos. Se había batido en Croacia, en los países bálticos y en el Vístula. Iba a perder en el combate a sus comandantes de división: los Brigadeführer Fich, Scholz y Ziegler. En Berlín no le quedaban ya más que quinientos hombres, daneses en su mayoría.
Mientras que los voluntarios franceses se aprestaban para el combate, pasaban por el bosque de Grünewald muchachitos de la Hitlerjugend organizados en comandos ciclistas de cazadores de tanques. Edad media quince años. Pero estos niños eran ya temibles combatientes.
Berlín les pareció a los hombres de la Carlomagno sumida en una calma extraordinaria. «La muerte se cierne sobre la ciudad, todos lo saben, pero los berlineses se niegan a abandonarse a la inercia y a la desesperación. Enfrentada con una fatalidad inexorable, la capital rehúsa abandonarse, no quiere ser la víctima que se entrega a su verdugo sino el guerrero herido que reúne poderosamente sus últimas fuerzas para el último combate y afronta su destino con una sublime lucidez...»
Subidos en camiones, los voluntarios franceses atravesaron Berlín, gritando a pleno pulmón el canto de guerra de la Waffen SS.
Fueron locamente aclamados por la población: ¡en la hora más trágica eran franceses los que acudían a defenderla!.

Por la noche llegaron no lejos de la Hasenheide (la «landa de las liebres»). Al día siguiente, de madrugada, tenían que atacar en el sector de Neukölln, con sus camaradas escandinavos de la Nordland. A pesar de un bombardeo, la noche fue bastante tranquila y las compañías se congregaron para el asalto antes de que rayara el día. Algunos blindados iban a apoyarlos, entre ellos un enorme tanque Koenigstiger («tigre real»), uno de los últimos, con su interminable cañón de 8,8.

Asalto a Neukölln.

Poco antes de las 6 de la mañana, el 26 de abril, llegó la orden de partida. Los infantes avanzaron, seguidos por los tanques. Los rusos reaccionaron de inmediato y sus ametralladoras «Maxim» entraron en acción. Los franceses saltaban de puerta en puerta, de muro en muro, a través de las ruinas de las casas. Su avance parecía irresistible, pese a un golpe muy duro: la artillería rusa acababa de diezmar a una sección de reserva cerca del ayuntamiento. Habían muerto quince voluntarios franceses incluso antes de entrar en combate.

Sus camaradas seguían avanzando, limpiando con granadas e incluso a la bayoneta las posiciones rusas. A medida que se consolidaba su avance surgían civiles de los sótanos para animarlos. A veces algunos llegaban hasta los combatientes, con una taza de café o un vaso de agua en la mano. ¡Qué sorpresa para aquellos berlineses al enterarse de que sus liberadores eran franceses¡.

Pero el enlace con los sectores vecinos se hacía cada vez más difícil. Los rusos habían hundido un extremo de la defensa alemana, pero una vez que ese extremo fue rehecho por el batallón de la Carlomagno se hizo evidente que todo el resto de la línea de resistencia había cedido y que ya no se contaba con el menor enlace con las unidades vecinas.

Fenet envió a su oficial adjunto, von Wallenrot, en busca de noticias. Regresó mucho después y anunció que los rusos desencadenaban una ofensiva general esa mañana del 26 de abril. Por todas partes se hundía el cinturón defensivo de la capital. ¿Había que replegarse? Fenet decidió quedarse allí y tratar de que no lo rodearan. Su batallón formaba ahora un saliente en las líneas rusas. De manera que tenía que desguarnecer poco a poco la punta de su avance para fortificar sus flancos.

Los franceses se encontraron entonces con un refuerzo inesperado: un Bann (batallón) de la Hitlerjugend, compuesto por varios cientos de muchachos de catorce a dieciséis años, tan temerarios como inexpertos. Peleaban como locos. Sus pérdidas fueron pronto muy graves, pero nada podía detenerlos. El espíritu de lucha «hasta el final» que los animaba era el mismo que el de todos los voluntarios europeos que habían acudido a pelear en Berlín.
Enfrente, los rusos sufrían graves pérdidas: más de treinta tanques y numerosos muertos y heridos.
El jefe del grupo de las estafetas, el Rottenführer (37) Millet, de veinte años, y sus hombres aseguraban los enlaces a través de las calles barridas por las ráfagas y las explosiones.
Los rusos se encontraban ya a unos cincuenta metros del ayuntamiento, centro de la resistencia. En el momento en que regresaban de una inspección de las compañías, Millet fue muerto y Fenet recibió una bala en el pie izquierdo. A partir de entonces tuvo que mandar a sus hombres apoyado en un bastón o sentado en una silla, cojeando en todos los sitios donde consideraba necesaria su presencia.
Los rusos atacaban por todos los lados, de frente o por los flancos. Sus medios de fuego aumentaban sin cesar y traían refuerzos cada vez más numerosos. Los franceses volvieron a su vieja táctica del contraataque y se lanzaron al asalto. Se peleaba en el Interior de las manzanas de casas. Llegaron «T 34» en refuerzo de la infantería soviética, pero el primer tanque fue parado en seco por un disparo del Koenigstiger.
Roger Roberti, diecinueve años, reemplazó a Millet a la cabeza del pelotón de estafetas. Se habla alistado a los diecisiete años y había contestado al oficial que le decía:
«Nuestro género de vida es excesivamente duro para los franceses. — No para todos ellos, y precisamente por eso me alisto.» Debía demostrar un valor asombroso en el combate y ya había participado en dos campañas de la SS Sturmbrigade y de la división: Galitzia y Pomerania.
La situación se hacía cada vez más crítica en el ayuntamiento. A izquierda y derecha el frente se había hundido por completo y ni siquiera se tenía la seguridad de que los rusos no hubieran aislado al batallón francés del centro de Berlín.

Solos en la vanguardia de las líneas .

Desde las 5 de la tarde los franceses se encontraban completamente solos en la vanguardia de las líneas. El fuego se hizo tan intenso que ya no se distinguían los disparos de llegada y los de salida. Hacia las 7, los estafetas dieron cuenta de que había tanques rusos que llegaban a la Hermann-Platz, un kilómetro detrás del batallón. No quedaban más que dos calles libres para una retirada eventual. No había tiempo que perder y la posición, ya Inútil, debía ser abandonada. El Hauptsturmführer Fenet congregó rápidamente a los HJ y los SS y les ordenó el repliegue, bajo la protección de los tanques.
El batallón volvió a formarse a la defensiva en la Hermann-Platz, tras un refugio precario constituido por barricadas de adoquines. Los «T 34» se encontraban a menos de cien metros, pero unos Sturmgeschütze (cañones de asalto automotores) consiguieron mantenerlos a distancia, mientras caía la noche, iluminada por innumerables incendios.
Hacia medianoche el batallón recibió la orden de retirarse de nuevo. Consiguió entonces reunirse con la compañía Labourdette, que había quedado a disposición de la división durante toda la jornada y que había intervenido para rechazar los intentos de infiltración de los rusos, en especial por los subterráneos del metro.
En el curso de esa noche del 26 al 27 de abril, Fenet se enteró de que su batallón francés era una de las pocas unidades sólidas de la capital. El cinturón defensivo de Berlín no existía ya más que sobre el papel. Sólo se encontraban en la capital los restos del cuerpo blindado del general Weidling, comandante de la plaza, y algunas unidades de la Waffen SS que no sumaban en total tres mil hombres al comienzo del combate. Las otras tropas sólo comprendían viejos del Volksturm, chavales de la Hitlerjugend, agentes de policía de la Schupo, retirados.
La situación del sector donde se encontraba se hacía cada vez más catastrófica y Fenet autorizó a la compañía Labourdette a participar en una operación de escape y mandó a descansar a sus otras compañías durante unas horas.
Con cierta inquietud, su jefe vio alejarse a Labourdette, que había conquistado en el fuego de Pomerania su graduación de Untersturmführer.
El batallón descansó algo en la cervecería Thomas-Keller, frente a Anhalter-Bahnhof, mientras que Fenet, con su oficial de ordenanza, Dourz trataba de reunirse con el PC de la división para ver a

Krukenberg. Pero los hombres de la Nordland le dijeron que se había marchado y que lo mejor sería esperar a que se hiciera de día.
Cada vez más cojo y febril, el comandante del batallón francés consiguió al día siguiente atravesar Berlín a pie, en compañía de un oficial alemán dos veces más viejo que él, que sólo podía repetir con aire afligido, contemplando las ruinas: *«Das schöne Berlín...»* No había más que paredes ennegrecidas y montones de escombros. Por fin llegaron a la Opera, donde el Brigadeführer Krukenberg estaba en una conferencia de los Kommandeur. Sólo la Nordland y el batallón Carlomagno habían conseguido ganar algún terreno víspera...
Muy maltrechos, los franceses sólo entrarían en combate otra vez al final del día, esta vez en comandos antitanques.
El bombardeo se hizo tan Intenso que el PC de la división se trasladó al Schauspielhaus y después a la estación de metro Stadtmitte. Por una curiosa coincidencia, el itinerario pasaba por la Französische Strasse (la calle Francesa), llamada así en recuerdo de los hugonotes franceses expulsados hasta Prusia por la revocación del edicto de Nantes, pero que todos interpretaron en seguida en honor de los voluntarios de la Carlomagno.
El oficial adjunto von Wallenrot condujo el batallón que descansaba a la estación de metro Stadtmitte. En el subterráneo, se procedió a la entrega de las cruces de hierro ganadas en los combates de la víspera.
Pero faltaba en la ceremonia la compañía Labourdette, ocupada aún en la operación de escape de la que hemos hablado.
Sólo al final de la tarde, Lacaze, un joven Oberjunker, trajo a esa unidad. Entonces se sabría que Labourdette había sido segado por una ráfaga cuando protegía la retirada de sus hombres a un subterráneo del metro de Berlín. Era el alistado nº 3 de la Waffen SS francesa. Tenía 22 años.

Defensa del bunker de Hitler.

El ejército Wenck, que tenía que liberar a la capital, había llegado hasta Potsdam, pero los rusos habían reanudado la ofensiva sobre el Oder. Los voluntarios franceses que quedaron en Neustrelitz se encontraban inmovilizados allí, en plena batalla, en la imposibilidad de llegar a Berlín. «Peor para ellos —dijo uno de sus camaradas SS en el andén del metro Stadtmitte—, se habrán perdido una buena ocasión.»

El día del 27 de abril se terminaba y el batallón, a la caída de la noche, fue encargado de instalar puestos de seguridad. Se temía que los rusos se infiltraran por todas partes.
Fenet envió a dos comandos hacia la plaza Bella-Alianza.
Uno estaba al mando de von Wallenrot y el otro al de Hennecart, que con sus treinta y ocho años parecía un viejo entre los demás.
Los comandos desaparecieron en la noche y la división pidió nuevos refuerzos para aquel sector. Fenet, acompañado por Dourx, consiguió reunirse con Krukenberg, que le anunció que todo el batallón iba a entrar en acción cerca de la plaza Bella-Alianza, para impedir a los rusos el acceso a la Cancillería y al Führersbunker por la Wilhelmstrasse y la Friedrichstrasse.
El joven francés, aunque seriamente herido en el pie, quiso tomar la cabeza de sus hombres, pero el Brigadeführer le ordenó que se quedase en el PC. Fenet se inclinaba a negarse, pero en la Waffen SS no era costumbre desobedecer y accedió con el corazón lleno de rabia.
Fenet se quedó, pues, en el PC, con Dourx, durante varias horas. Uno y otro rabiaban por no poder tomar parte en los combates que desarrollaban los comandos del batallón. Por la tarde, Fenet logró convencer al Brigadeführer y Krukenberg lo dejó marcharse al aire libre, no sin decirle:

—*«Tiene usted tiempo, la guerra aún no ha acabado.»*

Los dos oficiales franceses llegaron a la línea de fuego cargados de municiones. Avanzando por el subterráneo hasta la Kochstrasse, Fenet fue acogido allí por los muchachos de la compañía de honor. Weber acababa de destruir un tanque, el sexto de la jornada, pero los franceses no estaban apoyados por ninguna arma pesada. Ni un cañón, ni un tanque, ni un mortero. Sólo quedaban las armas ligeras, algunas ametralladoras MG 42 y los indispensables Panzerfaust.
Fenet consiguió llegar al PC de combate del batallón, donde fue recibido con alegría por los estafetas y sobre todo por el fiel Roger Roberti. Los jóvenes no habían querido quedarse al margen de la batalla y habían conseguido prender fuego a un inmueble ocupado por los rusos. Todos los rusos que intentaron huir fueron derribados con el Sturmgewehr y más de cincuenta cadáveres soviéticos atestiguaban el encarnizamiento de los franceses.

El batallón recibió unos cien hombres como refuerzo. Se trataba de burócratas alemanes del Ministerio de Seguridad, encuadrados por una docena de oficiales que habían perdido todos sus hábitos guerreros. La edad media de esta tropa se acercaba a los sesenta. Pero la buena voluntad sustituía a la costumbre de luchar y los burócratas aceptaron con bastante filosofía dejarse matar allí, puesto que las órdenes eran esas. Dienst ist Dienst («El servicio es el servicio»), decían al ocupar sus puestos de combate, donde muchos fueron rápidamente alcanzados por tiradores de élite rusos.
Las pérdidas fueron también muy serias entre los franceses. El Oberjunker de Lacaze, gravemente herido, tuvo que ser evacuado. El propio Hennecart estaba herido desde la víspera. El agente de enlace Roger Roberti fue alcanzado en los ojos gravemente, cuando atacaba a tiradores rusos con granadas, con su amigo el Unterscharführer Lacombe, apodado Bicou, que era, con sus dieciocho años, el más joven suboficial del batallón.
Por la noche los franceses oyeron con gran claridad los chillidos de las mujeres violadas por los rusos. Esas desgarradoras llamadas transformaron su entusiasmo en una sombría cólera.

Eran el último bastión.

Por último la mañana del 29 de abril los tanques rojos reanudaron sus ataques. La primera oleada fue detenida bastante fácilmente, pero un terrible bombardeo artillero machacó las posiciones defendidas por los franceses. La batalla debía alcanzar entonces su punto culminante y no disminuiría de intensidad hasta las últimas horas.
Los voluntarios disputaban entre sí para saber quién atacaría primero a los «T 34», pues los propios Panzerfaust escaseaban. El Unterscharführer Albert-Brunot consiguió destruir cuatro él solo. Los demás suboficiales y también los simples Waffen SS poseían records de caza igualmente impresionantes.
Cuanto más se endurecía la resistencia del batallón, más se concentraba sobre él el fuego enemigo. El PC, semiderruido por múltiples disparos, amenazaba derrumbarse, pero Fenet se negaba a abandonarlo. Un retroceso de cincuenta metros le parecía considerable. Los franceses se batían a unos cientos de metros de la Cancillería, cuyo último bastión formaban.
Un nuevo ataque costó tres tanques a los rusos y fue seguido por un cañoneo tan fuerte que el PC se derrumbó a medias, mientras la

infantería soviética avanzaba por todas partes. Las salidas se encontraron rápidamente bajo el fuego.
Los franceses tuvieron que provocar un gran incendio para poder, al amparo de las llamas y el humo, llegar a una nueva línea de resistencia. Acosados muy de cerca por los infantes rusos y sometidos a los disparos incesantes de los morteros de 120 mm, se vieron obligados a montar algunos contraataques para establecerse en su nueva posición. Apenas instalados tuvieron que rechazar un serio asalto de los tanques y consiguieron poner a dos más fuera de combate.
El bombardeo se reanudó en seguida, sepultando bajo los escombros a Rostaing, comandante de la 3ª compañía. Tan pronto como fue liberado Rostaing recibió de manos de Fenet la cruz de hierro de primera clase, concedida también a Albert-Brunot. La breve ceremonia terminó bajo el bombardeo. Desde su llegada a Berlín los voluntarios franceses no hablan tenido la posibilidad de lavarse, no tenían gran cosa que comer y casi nada que beber. Peleaban cubiertos de polvo, con las mejillas hundidas y los ojos enrojecidos por la fiebre y el cansancio.
En dos o tres ocasiones los daneses y noruegos de la Nordland se deslizaron entre las balas y las explosiones hasta el PC del batallón para traerles a sus camaradas franceses una o dos botellas de vino.
Los ataques de los tanques se sucedían sin cesar, así como los de la infantería.
Sólo se evacuaban los heridos muy graves. Algunos lograban, sin embargo, escaparse de los puestos de socorro para ocupar su puesto en el combate. Así, Olivier, el ex comandante de la 4ª compañía, que, herido tres veces y tres veces evacuado, se puso siempre de nuevo a la cabeza de sus hombres. Los jóvenes oficiales, ya fueran Untersturmführer u Oberjunker, habían pagado un muy caro tributo. Labourdette, Le Maignan, Billot, Protopopoff hablan muerto. De Lacaze, Bertaut, Franz y Boulmier estaban todos heridos de consideración. Weber, a su vez, tuvo que ser evacuado con una gran herida. Los únicos de todos los oficiales que quedaban indemnes eran Dourx y von Wallenrot. El primero había recibido la cruz de hierro de manos de un oficial escandinavo de la Nordland.

El PC del batallón se instaló entonces en una gran librería y, entre un asalto y otro, los franceses se abismaban en las obras de arte. Un álbum en colores sobre España tuvo un gran éxito.
Pero el duelo con los tanques rusos se reanudaba sin cesar. El jefe del batallón cuenta:

«Vivimos escenas de otro mundo: los días tienen el color del polvo que nos invade y nos devora. Ya no vemos el azul del cielo, absorbido por una bruma terrosa que no se disipa más que en breves momentos, hasta que un nuevo alud de proyectiles nos hunde de nuevo en una opacidad amarillenta.»

Durante la noche del 29 al 30 de abril continuó la batalla, rabiosamente. Un inmenso brasero iluminaba las calles de la capital. Las siluetas de los soldados rusos se recortaban al resplandor de los incendios, en las ventanas de las casas en ruinas. El suelo temblaba y reinaba un calor de infierno.
Todo asumía el color de un destino trágico, de un gigantesco Crepúsculo de los dioses. Y en este decorado infernal los franceses se ponían a veces a cantar, a voz en cuello, el canto de guerra de la Waffen SS.

Wo wir sind das ist immer vorne
Und der Teufel dar lacht noch dazu: Ha! ha! ha!

Tanques "T 34" y lanzallamas.

Para los voluntarios franceses ya sólo se trataba de aguantar, en esta atmósfera de apocalipsis. Aguantar mientras tuvieran cartuchos, granadas y Panzerfaust.
La noche del 30 de abril llevaron al PC del batallón un prisionero soviético. Era un suboficial que quiso precisar que no era ruso, sino ucraniano. De creerlo, el último bastión de la resistencia alemana sería dominado al día siguiente, en homenaje al primero de mayo. Sin embargo, la moral no parecía tan elevada en el sector que cerraban los Waffen SS franceses. Sobre todo, las tripulaciones de los tanques sabían que estaban destinadas a una muerte espantosa y sólo montaban bajo la amenaza de las pistolas.
Durante toda la noche y durante toda la mañana del 1º de mayo de 1945 se redobló la violencia de los asaltos rusos.

Los «T 34» fueron lanzados a quemarropa y la infantería chocó con las ametralladoras y los fusiles de los voluntarios, que continuaban sin armas pesadas. Los rusos podían preparar tranquilamente sus asaltos a trescientos metros de las líneas. La lucha tomaba cada vez más el aspecto de un cuerpo a cuerpo.
Finalmente un «T 34» consiguió franquear la barrera y sólo fue destruido unos treinta metros después de pasado el primer puesto.
La situación empeoró durante toda la tarde del 1 de mayo.
Los rusos utilizaban cada vez más lanzallamas y el PC de mando del batallón parecía especialmente afectado. Tiras de «parquet» colgaban por encima de la planta baja en aquel inmueble completamente abierto, y los rojos consiguieron prenderle fuego. Pese a los esfuerzos de Couturier, el radio, un ex bombero de París, fue imposible dominar el incendio.
Hacía mucho tiempo que no se encontraba ni una sola gota de agua en el sector.
Se decidió replegarse unas docenas de metros.
Fenet instaló su PC en las ruinas del RSHA (Reichssicherunghauptamt, «Oficina de la seguridad del Reich»), tras haber abandonado la librería. Eran las 6 de la tarde. Los libros se quemaban a su vez, después del parquet; todo era un gigantesco brasero, de donde emergían los Waffen SS, negros como carboneros y medio asfixiados.
El inmueble del RSHA se derrumbó totalmente y los voluntarios se Instalaron en los sótanos. En seguida se entabló un furioso combate de infantería. Las descargas eran ensordecedoras. Sólo se pudo resistir allí tras haber realizado varios contraataques.
En la cueva que les servía de refugio, al resplandor de una bujía del solsticio, símbolo del fuego que jamás debe morir, el Hauptsturmführer Fenet entregó la cruz de hierro a algunos de sus hombres. Evocaría así esta ceremonia insólita:

«El resplandor temblón de esta vela simbólica cuya llama exalta la victoria de la luz sobre las tinieblas y de la esperanza sobre la muerte, los rostros ennegrecidos, apagados, demacrados, hundidos por el cansancio y el hambre, esos rasgos tensos, donde brillan ojos febriles y ardientes, adquieren un relieve extraordinario...»

La última noche iba a ser relativamente tranquila. El PC de la división Nordland había dejado la estación Stadtmitte para instalarse en la propia Cancillería.

Desde la víspera, Hitler estaba muerto.

Esa tarde del 1 de mayo, el III Reich vivía sus últimas horas. Adolf Hitler se había suicidado la víspera. Sin embargo, la lucha continuaba. Los últimos combatientes de la Waffen SS que recibieron la corbata negra de caballero de la cruz de hierro pertenecían todos a la división Carlomagno. Fueron, tal como figuran en el memorial oficial de los Ritterkreuzeträger de la Waffen SS: el Hauptsturmführer Fenet; el Unterscharführer Appolot, que había destruido siete tanques soviéticos y que debía morir, ese mismo día, en el último combate; y, el Obersturmführer Weber, comandante de la compañía de honor, de origen alemán pero que servía en la unidad francesa desde su creación, dos años antes.

Durante la batalla de Berlín, los voluntarlos franceses habían destruido más de sesenta tanques soviéticos.

Hacia el final de la noche del 1 al 2 de mayo, los últimos Waffen SS franceses descubrieron que se encontraban de nuevo solos en la vanguardia de las líneas. A derecha e Izquierda no había ya ninguna tropa. Había que retirarse, pues, a una nueva posición y cerrar aún más el dispositivo en torno a la Cancillería. El nuevo frente pasaba a la altura del Luftfahrministerium, ocupado por algunos aviadores de la Luftwaffe, bastante sorprendidos al ver llegar un refuerzo de franceses procedentes de las avanzadillas.

Tan pronto como se preparó el aparato defensivo de la nueva posición, los voluntarios franceses vieron llegar desde las líneas enemigas coches con banderas blancas. En ellos se encontraban oficiales alemanes y rusos.

Había llegado, pues, el momento de la capitulación...

Casi de inmediato avanzaron unos soldados rusos, sin armas, y empezaron a ofrecer cigarrillos a los hombres de la Luftwaffe. Los rusos surgían de todas partes, algunos de ellos venían incluso del interior de las líneas alemanas.

Todo parecía acabado.

El comandante de la Luftwaffe anunció a Fenet su intención de rendir las armas. Pero el joven Hauptsturmführer de veinticinco años sólo recibía órdenes de la Waffen SS, es decir, de la Cancillería.

Ni uno solo de sus hombres aceptó entregar sus armas a los soldados rusos, a pesar de que hombres y mujeres los invitaban a ello con una cordialidad sorprendente tras combates tan duros. Había que escapar lo antes posible a esta «fraternización», preludio de la cautividad.

Por los subterráneos del metro.

Evitando las calles, los supervivientes del último batallón de la Carlomagno se deslizaron rápidamente a través de las ruinas. Bajaron al subterráneo del metro por una boca de ventilación. En la estación Stadtmitte no encontraron un alma viviente y siguieron su marcha hasta la estación Kaiserhof, situada justamente debajo de la Cancillería.
Una escalera de hierro se elevaba hasta la reja de ventilación, al nivel de la calzada.
Fenet exigió subir el primero para ver lo que pasaba. Ya no se escuchaba el ruido de los combates, sino sólo un verdadero concierto de claxons. Unos peldaños más...

«Con las manos crispadas en la escalera de hierro, bebo con los ojos este espectáculo ante el que todo mi cuerpo se retrae: en lo que alcanza mi vista circulan en todos sentidos los rusos, en vehículos con la estrella roja... Ni un disparo, los muros de la Cancillería están mudos... No hay ya nadie... todo ha acabado.»

Lentamente, Fenet bajó de la escalerilla y anunció a sus hombres que sin duda el Führer había muerto y que el combate de Berlín había terminado.
Y añadió a continuación:

«Ahora, habrá que salir de aquí. En mi opinión, la única solución es intentar penetrar en dirección a Potsdam, donde debe encontrarse el ejército Wenck. Utilizaremos lo más que podamos el subterráneo del metro. Luego, aprovecharemos la noche.»
Se reanudó la marcha en dirección a la estación de Potsdamerplatz.
La bóveda del metro se encontraba hundida en varios lugares y los escombros obstruían el paso.

Era el 2 de mayo, a mediodía, y se encontraron con algunos Waffen SS aislados. El camino continuaba al aire libre y parecía imposible

tomarlo antes de la noche. Uno de los túneles desembocaba en un ojo de puente, atestado de ruinas y de objetos diversos, y decidieron ocultarse allí.
Los últimos defensores de Berlín se desparramaron en grupitos y desaparecieron, uno tras otro, en escondites improvisados. Llegaron hombres del Volksturm y quisieron hacer otro tanto, pero sus idas y venidas no tardaron en atraer la atención de una patrulla rusa.
Los soldados rojos emprendieron entonces un registro metódico del subterráneo. Fenet, von Wallenrot, Dourx, Couturier y Lacombe, apodado «Bicou», se disimularon bastante bien tras un montón de cestas de mimbre y asistieron con el corazón en un puño a la captura de sus camaradas. Albert-Brunot consiguió llegar al escondite del estado mayor. Una segunda patrulla rusa debía descubrirlos Instantes después. Los voluntarios franceses fueron privados de inmediato de sus relojes... y después de sus armas.

"El mundo entero puede maldecirnos".

Fueron llevados prisioneros a través de un Berlín arrasado, en medio de la alegría de los soldados rojos. Ebrios con su victoria, éstos distribuían al azar tabletas de chocolate o insultos. Un soldado soviético, al ver el escudo SS de Albert-Brunot, le disparó un tiro en la sien. Albert-Brunot cayó a los pies de Fenet. Los últimos supervivientes de la Carlomagno partían ahora hacia el cautiverio.

«Llegamos ante la Cancillería, que están a punto de saquear —escribirá su jefe—. *Con los puños apretados y el corazón encogido los vemos ir y venir entre esos muros ennegrecidos que para nosotros representaban tantas cosas, mientras cientos y cientos de tanques empavesados de rojo avanzan desde el Tiergarten en un gigantesco desfile hacia la puerta de Brandenburgo, que yergue aún hacia el cielo su silueta mutilada como una última esperanza, como un postrer desafío.»*

¡Increíble poder del mito! Cuando se despliega ante ellos el espectáculo alucinante del hundimiento nazi, esos jóvenes franceses que sólo han querido conocer y sólo han vivido la nobleza combatiente de la aventura hitleriana, piensan aún en términos de esperanza y de desafío. A decir verdad, no son del todo víctimas.

Cautivos, abandonan Berlín silbando entre dientes la vieja canción de marcha, aprendida en Sennheim, en Posen-Treskau o en Bad Tölz, ese grito donde se trasluce la desesperación de los réprobos de la Waffen SS:

Wir pfeifen nach unten und oben
Und uns kann die ganze Welt
Verfluchen oder loben
Grade wie es Jedem gefällt!

«Silbamos por montes y valles
Y el mundo entero puede perfectamente
Maldecirnos o alabarnos,
Como cada uno desee.»

Jean Mabire.

Fin.

Notas:

(1). SS: abreviatura de Schutzstaffel, "escalón de protección"; Waffen SS; "SS en armas". Las correspondencias de los grados y términos militares son las dadas por Der militärische Dolmetscher (Colección franco-alemana de términos militares), de los comandantes Rupied y Conrad (Charles-Lavauzelle, ed.). Observemos que en la Waffen SS la jerarquía era la misma que en la Wehrmacht, pero los grados llevaban apelativos diferentes.
(2). LFV.
(3). Comandos de protección.
(4). Abreviatura de Fliegerabwehrkanone: cañones antiaéreos.
(5). Abreviatura de National-Sozialistisches-Kraftfahrkorps: Cuerpo motorizado nacional socialista.
(6). Abreviatura de Sturmabteilung: sección de asalto.
(7). Tropa de choque.
(8). Guardia de corps.
(9). Abreviatura de Sicherheitsdienst: servicio de seguridad.

(10). Tropas SS "disponibles".
(11). Cabeza de muerto.
(12). General de cuerpo de ejército.
(13). Centro germánico.
(14). Teniente coronel.
(15). Juventud hitleriana.
(16). Coronel.
(17). Abreviatura de Geheime Staatspolizei: policía secreta de Estado.
(18). Esta solución fácil tentó, sin embargo, a unos treinta mil Individuos que, de creer a Philippe Aziz *(Tutrahiras sans vergogne, Payar ed.)*, formaron parte de los oficiales de la "Gestapo francesa".
(19). Comandante. Además, ya se han narrado en *"Los franceses contra los franceses: La Milicia"*, las vacilaciones de Darnand.
(20). Ayudante.
(21). General de brigada.
(22). Capitán.
(23). Sargento.
(24). Abreviatura de Panzerabwehrkanone: cañones antitanques.
(25). Teniente.
(26). La división Horst Wessel.
(27). Cabo.
(28). Aspirante.
(29). Subteniente.
(30). Grupos de combate.
(31). Sopla el viento, silban las balas. / Ruge el sonido del cañón. Entre la muerte y las ráfagas / el batallón sigue en pie. / Se mantiene en pie en la tormenta, / germen de orden entre el caos. / Camaradas, alzad la cabeza / antes de lanzaros al asalto. / Espigas fervientes, rubia molienda / del pan sagrado de la renovación, / pues de la sangre de nuestras heridas / brotará una esperanza más hermosa. / Una esperanza más grande que el mundo, / una esperanza más alta que el cielo. / No lloréis sobre nuestra tumba, / nuestra alma es hija del sol.
(32). Mónica, querida compañera, / regresaremos victoriosos.
(33). General de brigada.
(34). Lanza-cohetes parecido al bazooka.
(35). O Faust Kanone: cañón antitanque.
(36). Ayudante.
(37). Cabo primera.